

El Jardín de los Secretos



IVÁN SOLER REAL

EL JARDÍN DE LOS SECRETOS

Iván Soler Real

CAPÍTULO 1

Aquella mañana, la inspectora Robin comenzaba su rutina como si se tratara de un día cualquiera. El aroma del café recién hecho ayudaba a sus sentidos a irse despertando. Como cada mañana, una casa sobria y vacía le daba los buenos días; el tipo de vida que había elegido no le dejaba mucho tiempo para conocer a nadie. Tras una ducha rápida, se dirigió a su puesto de trabajo en la Brigada de Patrimonio Histórico de la Policía Nacional. Pero este no sería un día más, de camino recibió una llamada telefónica, uno de los cuadros más importantes del Museo Nacional del Prado en Madrid había sido sustraído. Debía dirigirse al lugar inmediatamente, el director del museo requería su presencia.

De un volantazo, cambió el rumbo de su vehículo y se dirigió hacia el lugar de los hechos. En la puerta su compañero, el subinspector González, la esperaba impaciente fumando un cigarrillo. La prensa no tardaría en enterarse y su comisario necesitaba material para poder afrontar ese cúmulo de preguntas al que se enfrentaría.

—Buenos días jefa, el director del museo nos está esperando.

—¿Dónde está el fuego? No sé a qué vienen esas prisas —contestó la inspectora con su habitual mal humor matutino.

El museo permanecería cerrado al público ese día. Al acceder por la puerta principal, un empleado ataviado con traje y corbata hizo un gesto a los agentes para que le siguieran. Atravesaron varias salas y pasillos hasta llegar a un gran despacho de aspecto señorial. En el fondo quien parecía ser el director del museo.

—Buenos días agentes, tenemos que actuar con velocidad, *El Jardín de las Delicias* ha sido robado.

—¿El Jardín de las Delicias? —repitió el subinspector González.

—Es un cuadro de *El Bosco*, si no me equivoco, —contestó Robin.

—Efectivamente. Es la obra maestra más importante que pintó el autor, y una de las piezas más preciadas de nuestro museo —puntualizó el director.

—Pero ¿Cómo han podido burlar las medidas de seguridad de este museo?, y ¿cómo demonios no se han dado cuenta de la sustracción hasta ahora?

—Bien inspectora, ha sido un cúmulo de circunstancias. El cuadro fue llevado a los sótanos del museo para realizarle labores de conservación. Lo que en principio se trataría de un par de días, se convirtió en una semana debido a que los dos expertos restauradores que debían realizar esas labores contrajeron una enfermedad, creo que gripe, y no vinieron a trabajar durante varios días. Esta mañana iban a volver a colocar el cuadro en la exposición y los encargados del transporte se percataron de que ya no se encontraba allí.

—¿Qué dicen las cámaras de seguridad? —preguntó la inspectora.

—Los vigilantes han estado revisando las cámaras y no han visto nada anormal.

—Pues caso cerrado, el cuadro se ha volatilizado —dijo Robin sarcásticamente.

—Inspectora, esto es muy serio. Esta mañana he hablado con el Ministro de Cultura, el cual, a su vez, ha telefonado a su Comisaría General, este caso es de máxima importancia —comentó el director del museo con voz amenazante.

Robin sabía de primera mano que cuando los políticos se inmiscuyen en el trabajo policial, siempre es para empeorar la situación. La burocracia y la eficacia rara vez van de la mano. Así que intentaría recuperar esa obra maestra antes de que ningún jefe pudiera meter las narices en su trabajo.

Después de la interesante conversación con el director, Robin fue guiada hasta el lugar de los hechos, los sótanos del majestuoso Museo del Prado, los cuales albergan una de las mayores colecciones de arte del mundo. La seguridad parecía ser impenetrable, puertas blindadas, cámaras de seguridad, sensores de movimiento, guardias armados; parecía imposible que algo pudiera salir de allí sin ser detectado. Al llegar a los accesos del cuarto donde debía de estar la pieza sustraída, pudieron ver como el equipo de Policía Científica aguardaba la llegada de los investigadores. La inspectora comenzó a repartir tareas.

—Podéis empezar con la inspección ocular, extraer cualquier huella o muestra genética que pudiera haber en esta habitación, no importa dónde se encuentre ni a quién pertenezca. González, quiero los nombres de los restauradores que debían haber trabajado estos días y no lo hicieron. Disculpe director, necesitaría los nombres de todos los empleados que tienen acceso a esta cámara, así como los vigilantes de seguridad que estuvieron anoche de servicio. Les tomaré declaración a todos ellos. También necesitaría las imágenes de todas las cámaras de seguridad de todo el Museo referente a las últimas veinticuatro horas. Un cuadro de dos metros de alto por dos metros de ancho no puede haber desaparecido sin dejar rastro.

—Disculpe inspectora, pero por motivos de seguridad no le puedo facilitar todas las grabaciones de las cámaras. Piense que en este lugar hay obras de un valor incalculable. Cada empleado tiene una serie de claves únicas de acceso, y nuestro sistema de seguridad es uno de los mejores del mundo, considerado de alto secreto. Si le entregase las imágenes sería una intromisión en nuestra seguridad.

—Si su sistema de seguridad fuera tan bueno yo no estaría aquí. Si no me las facilita voluntariamente volveré con una orden judicial. Usted preocúpese por su trabajo que yo haré el mío.

Tras unos segundos de silencio, el director del museo puso cara de pocos amigos mientras contestaba.

—Hable con mi ayudante, él le facilitará todo lo que necesite.

Tras esas palabras, se dio la vuelta y abandonó la estancia sin despedirse. Se veía a primera vista que aquel hombre no estaba acostumbrando a recibir órdenes, y menos provenientes de una mujer veinte años más joven.

El cerebro de la inspectora comenzaba a funcionar a toda velocidad. Había aún muchas dudas que despejar. ¿Por qué ese cuadro? Una vez en el interior, los ladrones podrían haberse llevado lo que hubieran querido. ¿Por qué ese en especial? Quizás algún comprador estuviese interesado específicamente en esa obra. Había mucho trabajo que hacer.

El resultado de la inspección ocular fue negativo. Ni huellas, ni vestigios, ni nada por dónde empezar a tirar del caso. Parecía ser obra de un fantasma.

Algo no encajaba en ese robo. Eso no se parecía a ninguno de los casos que había dirigido la inspectora. Normalmente, la mayoría de los robos de obras de arte se producían en iglesias o museos con pocas medidas de seguridad. Incluso los ladrones de guante blanco dejaban alguna pista, una imagen, una huella de pisada, trazos de herramientas en puertas forzadas, algún testigo presencial, algo por dónde empezar a investigar; las cosas no desaparecían por sí solas, y menos una obra maestra sustraída del interior de la cámara acorazada que el Museo del Prado tiene por

sótano. La teoría de que el autor pudiera ser alguien de dentro cada vez cobraba más fuerza.

Todos los trabajadores que tuvieron acceso a esos sótanos fueron pasando por la oficina de la inspectora uno por uno; todos ellos fueron interrogados. Las tarjetas de seguridad de los empleados dejaron constancia electrónica de todos y cada uno de los movimientos que hicieron. Las entradas y salidas, los días y las horas, el tiempo que estuvieron, nada se salía de lo normal. Más tarde, los vigilantes de seguridad que custodiaron el recinto esa noche dieron su versión de lo sucedido. Nadie vio nada; todos hicieron las rondas establecidas, nadie faltó a su puesto de trabajo.

Los últimos en ser oídos en declaración fueron los dos expertos restauradores encargados de realizar los trabajos de conservación de la pintura. Ambos habían caído enfermos en circunstancias similares. Según ambas versiones, hacía cinco noches salieron con un grupo de empleados del museo para celebrar la jubilación de uno de ellos. Estuvieron cenando en un restaurante de Sushi y algo les provocó una fuerte intoxicación. Permanecieron en cama con gastroenteritis aguda hasta el día en el que ocurrieron los hechos. Esa mañana, tras obtener el alta médica, los expertos realizaron los debidos cuidados y procedieron a la limpieza de la obra en cuestión, abandonaron los sótanos del museo a las 17:05 horas, juntos y con las manos vacías. Nada parecía sospechoso. Este caso iba a provocar más dolores de cabeza de lo esperado.

Después de una larga jornada de trabajo, Robin dejó irse a casa a los miembros de su grupo y se quedó sola en la oficina. Quería saber algo más acerca del cuadro sustraído. *El Jardín de las Delicias* era una obra maestra realizada por el pintor holandés Jheronimus Bosch, conocido en el mundo del arte como “*el Bosco*”. El cuadro, pintado al óleo, era lo que se denominaba un “tríptico”, hecho en tres láminas, una central y más grande, y otras dos laterales que se cierran, a modo de puertas, sobre la tabla del medio. El contenido del cuadro había sido siempre polémico, habiendo diferentes teorías en cuanto a lo que representaba. La principal era que la obra pretendía mostrar la historia del mundo, desde su nacimiento, hasta el apocalipsis. Cuando el tríptico permanecía cerrado, el cuadro dejaba ver un planeta oscuro y sin vida; sus tonos grises y vacíos daban un aire tétrico a las tablas. Pero abierto, la pintura arrojaba una explosión de color y alegría que lo inundaba todo. En el panel izquierdo se observaba un mundo verde y con fauna animal y tres personas en él; al parecer representaba el paraíso. El panel central y más grande, mostraba una amalgama de personas y animales realizando diversas actividades, al parecer únicas, todos estaban completamente desnudas y parecían disfrutar de lo que hacían. La pintura central daba a Robin una sensación extraña de sobrepoblación. Por último, la tabla de la derecha mostraba la decadencia del mundo; muertos y heridos se agolpaban por todos los lados proyectando en ese lateral un aire siniestro. Ese cuadro le resultó interesante a la inspectora Robin. Se trataba de una de esas piezas, repletas de detalles, que se puede estar mirando durante días y siempre se descubre algo nuevo.

La historia del cuadro también estaba cargada de curiosidades y tragedias. Heredada por la realeza holandesa, la obra fue confiscada en la batalla de Flandes, y más tarde adquirida en extrañas circunstancias por el rey Felipe II, guardándola en el Monasterio de El Escorial, dónde permaneció oculta por siglos. La obra llegaría al Museo del Prado en el año 1939, donde permanecería hasta el momento de su sustracción; siendo actualmente patrimonio nacional. Una obra de extraordinarias dimensiones, cerrada mide 220x195 centímetros de longitud. Con ese tamaño, pudiera tratarse de uno de los cuadros que más le iba a costar pasar desapercibido. ¿Por qué esa obra en particular? ¿Qué tenía de especial? Internacionalmente conocida, tendría una difícil salida en el mercado negro. Nada parecía tener sentido para la concienzuda inspectora.

A la mañana siguiente, Robin recibió en su despacho un pequeño disco duro de almacenamiento externo que contenía las imágenes de las cámaras de seguridad del museo de esas últimas veinticuatro horas. Cientos de archivos con las imágenes de las decenas de cámaras del edificio. Eso iba a llevarles más tiempo del esperado. El grupo de Robin al completo tendría que trabajar día y noche hasta dar con una pista. La prioridad era examinar uno a uno todos esos archivos informáticos. En algún momento, el autor o autores del robo debían aparecer.

Tras hacer varias copias espejo de los archivos para trabajar sobre ellos, todo el personal adscrito al grupo de investigación se puso manos a la obra. Tenían por delante horas de visionado. Cámaras en los pasillos, en las salas, en los accesos a los despachos, en almacenes, en las entradas al edificio; todo estaba controlado en ese edificio como si de un Gran Hermano se tratase. Los autores del robo se tendrían que dejar ver en algún momento.

La inspectora quería visionar personalmente las grabaciones de la cámara situada en la puerta de acceso a la sala de conservación donde se encontraba la obra. Más tarde o más temprano, esas imágenes debían mostrar aquel gigantesco cuadro saliendo por la puerta. Durante el primer visionado, Robin ojeó las veinticuatro horas de grabación pasándolas a cámara rápida con el fin de detectar un movimiento extraño, para discriminar el momento exacto en el que ocurrieron los hechos, pero el video llegó a su fin sin ningún tipo de cambio ni movimiento fuera de lo normal. No era posible, algo debía de aparecer en esa grabación. La inspectora se dispuso a ver de nuevo el video a velocidad real, la tarde iba a ser larga por lo que se preparó un gran termo de café para no perder la atención durante el visionado. Tras ponerse cómoda, apretó el “*play*” con el botón del ratón de su ordenador y esperó pacientemente. Tenía que descubrir lo que había detrás de esa grabación, aunque le llevase todo el día. Empezaría a visionarlo a partir del momento en el que los dos expertos abandonaron la sala.

La inspectora pasó horas observando una pantalla que proyectaba una imagen que parecía congelada en el tiempo. El video reproducía lo recogido por una cámara colocada en la esquina superior de una habitación vacía con una puerta doble al fondo. Por esas puertas debería de salir en algún momento una obra de arte de más de dos metros de altura. Mientras contemplaba la pantalla algo pasó; un salto temporal. El video pasaba directamente de las 02:32:22 horas a las 02:32:55 horas. Había un salto en la grabación de treinta y tres segundos. Podía tratarse de un fallo del reproductor. Procedió a visionar de nuevo ese momento; el salto seguía ahí. Era una señal. Sin perder un instante se dirigió al resto del equipo. Había que visionar todas las cámaras y centrarse en un intervalo comprendido entre las 2:00 y las 3:00 de la madrugada. Debían detectar si en algún momento las grabaciones tenían algún tipo de corte.

Robin estaba en lo cierto. Uno a uno, fueron chequeando todos los videos; a varios de ellos les faltaba al menos un fragmento de la grabación. Alguien se había tomado su tiempo para borrar el rastro que había dejado el cuadro. Tras analizar los videos afectados, la inspectora pudo hacer una composición del lugar. Sabía el camino que habían tomado los ladrones. Acceso por una de las puertas principales, las escaleras por las que habían bajado, los pasillos que habían atravesado, a todos esos videos les faltaban uno o varios fragmentos que coincidían en el tiempo.

Sin perder ni un minuto, Robin telefoneó al subinspector González;

—Ramón, necesito tu ayuda urgentemente, tengo una pista. Paso por tu casa a buscarte en veinte minutos, estate preparado.

—Buenas tardes jefa. Recuerdas que hoy tenía el día libre, ¿no?

—¿Quién te llama a estas horas? —preguntaba una voz de fondo que parecía ser la mujer del subinspector.

—Es la inspectora Robina Tino, mi jefa —respondía el subinspector a modo de justificación.

—Ramón, es de capital importancia. Las imágenes del robo en el Prado que nos han dado están manipuladas.

—Ok jefa, en veinte minutos estaré listo.

Tras recoger a su compañero, ambos agentes se dirigieron al museo. Una vez allí, tras identificarse como policías ante el personal de seguridad, entraron como lo haría un elefante en una cacharrería, sabían que alguien de dentro estaba metido en el ajo. La subinspectora fue directamente a la sala de cámaras para visionar de primera mano las imágenes directamente desde el disco duro del sistema de seguridad; quería verlas antes de que se borrasen. Aquellos vigilantes, temerosos ante la actitud imperativa de los agentes a cargo de la investigación, procedieron a proyectar las imágenes sin rechistar.

—¿Qué cámara quieren ver primero? —dijo el vigilante encargado del visionado.

—En primer lugar, póngame en ese monitor la cámara del sótano 2 que controla el acceso a la habitación de sala de conservación. Concretamente desde las 2:32 horas en adelante.

El guarda obedeció las indicaciones. Tras buscar el archivo, lo proyectó en el monitor. Después de unos segundos de visionado, allí estaba el salto; treinta y tres segundos de salto temporal para ser exactos. Las cámaras habían sido manipuladas desde dentro.

—¿Quién tiene acceso a este disco duro? —preguntó el subinspector.

—Pues los operarios de la sala de cámaras y, bueno... el jefe.

—¿Qué jefe?

—El director del museo, Jaime Verbógenes. Tiene un acceso directo desde su ordenador. Se lo instalaron hace un par de semanas por orden suya. Es un hombre muy controlador, le gusta estar enterado de todo lo que ocurre en este museo.

—Entiendo. Volveremos por la mañana, cuando el resto del personal esté en su puesto de trabajo. Gracias por sus servicios — dijo Robin mientras abandonaban la sala.

Una vez en el exterior del museo, de camino al vehículo policial, el subinspector empezó a comentar la jugada con Robin.

—Jefa, no pensarás que el director del museo ha tenido algo que ver en esto. Pero ¿dónde vas? —la inspectora, en lugar de dirigirse al vehículo, parecía dirigirse al otro lado de la calle.

Sin mediar palabra, la inspectora caminaba lentamente hacia la gran avenida situada en la puerta principal del museo, mirando fijamente hacía las luces y farolas que la alumbraban. Parecía estar buscando algo.

—Hemos tenido suerte. Hay una cámara de tráfico situada en aquella esquina. Puede haber captado algo —comentó Robin.

—Jefa, nunca dejarás de sorprenderme.

Los agentes se dirigieron a las dependencias de Policía Municipal para solicitar las imágenes de las cámaras de tráfico. Aunque el sistema solo guardaba los archivos durante setenta y dos horas, afortunadamente estaban en plazo. Las grabaciones estaban a punto de destruirse.

Los agentes encargados del visionado del tráfico rescataron las grabaciones en una memoria externa tipo “pendrive” y se la entregaron a los investigadores.

Allí podía estar la clave de todo. El subinspector González y la inspectora Robin se dirigieron a la oficina. Era casi media noche y no había nadie en el edificio. Robin conectó la memoria electrónica en el ordenador de su despacho y accedió al archivo de video abriendo el mismo.

La grabación mostraba un tráfico de vehículos casi inexistente en aquella gran avenida. Taxis y autobuses parecían ser los únicos que se atrevían a cruzar el centro de Madrid a las dos de la

mañana. En un momento dado, una furgoneta de mudanzas hacía su aparición. Un pequeño camión de color blanco con un anagrama en sus paredes laterales estacionaba a un lado de la avenida, justo enfrente de una de las puertas del museo. Los ocupantes del vehículo parecían esperar algo o a alguien. Ninguno se apeó del mismo. Pasados unos minutos, dos personas ataviados con extraños ropajes portaban lo que parecía ser un cuadro del tamaño de una gran puerta oculto bajo una sábana o algo similar. Eran las personas que estaban buscando. En ese momento, el conductor del vehículo se bajó para abrir los portones traseros de la caja del camión. Con cuidado, colocaron la obra de arte en su interior, para después introducirse en los asientos delanteros abandonando el lugar. La inspectora intentó ampliar las imágenes, pero la calidad de las cámaras no era muy buena y los rostros se *pixelaban* con facilidad. Aunque los fotogramas extraídos no eran identificativos, sí dejaban ver el extraño atuendo de los ladrones. Parecían vestir hábitos, como los que utilizan los monjes de clausura. Atuendos de color azul marino, cuyos portadores ocultaban sus cabezas en el interior de los capuchones de los citados ropajes.

¿Cómo podía ser posible? Un camión de mudanzas estacionó en frente del museo y no llamó la atención de nadie; dos personas disfrazadas de monjes, campando a sus anchas por los inexpugnables sótanos del Museo del Prado; dos personas que cargaban una gigantesca obra de arte, la cual introdujeron en la caja trasera de una furgoneta en plena calle; y ¿nadie vio nada de nada? Según iba avanzando el caso, este se volvía más y más extraño. Como un rompecabezas al que le faltan algunas piezas.

—Lo tengo jefa. La matrícula de la furgoneta pertenece a una empresa de vehículos de alquiler. Ya tenemos por dónde empezar a tirar.

CAPÍTULO 2

La noticia de la sustracción del cuadro colmaba los titulares de la mañana. Los medios de comunicación se habían hecho eco con velocidad y los responsables policiales pedían explicaciones. Robin había perdido la poca ventaja que tenía. Una llamada a su teléfono la despertaría exaltada. Miró el reloj de su despertador, eran las once de la mañana.

—¿Se puede saber dónde demonios estás? ¡Ven a mi despacho ahora mismo!

—¡A sus órdenes jefe!

La carga de trabajo que había soportado la joven inspectora le estaba pasando factura. Esa mañana no había oído el despertador. De todos los días que tenía su cabeza para quedarse dormida había tenido que elegir justo el peor.

Se levantó de la cama de un salto y fue directa a la ducha. La rueda de prensa sería en un par de horas y tenía que dar a su comisario algo sólido que poder decirles a los periodistas.

Cuando Robin llegó a la oficina, todos la estaban esperando, como si se tratase de la artista principal en la presentación de algún tipo de evento.

—Buenos días jefa, el comisario la está esperando en su despacho.

Robin se dirigió directamente al despacho de su jefe. Mientras avanzaba por el pasillo comenzó a oír voces que provenían de aquella habitación; parecía que el comisario no estaba solo.

Llamó a la puerta y, tras coger aire, la abrió con decisión.

—¡Con su permiso! —el jefe de Robin estaba reunido con el director del museo y con dos representantes del Ministerio de Cultura y Deportes.

—Adelante Robina, pase. Por fin nos honra con su presencia. Le presento al Delegado de Cultura y a su Secretario General. Al director del Museo Nacional del Prado ya lo conoce.

—Sí, tuvimos el placer de conocernos hace un par de días —comentó el director del museo.

—Mucho gusto —dijo cordialmente Robin mientras tendía su mano para saludar a los allí presentes—. Si les puedo ayudar en algo.

—Claro que nos puedes ayudar. ¿Cómo va la investigación? ¿Se sabe algo del cuadro? —preguntó el comisario delante de aquellas personas.

—No se sabe nada, parece haber desaparecido sin dejar rastro. En las grabaciones no se aprecia por donde accedieron los autores ni como lo hicieron; al parecer nadie vio nada —contestó la inspectora.

—Pues entonces usted me dirá que hacemos —dijo el comisario con voz despectiva.

—El procedimiento habitual jefe. Registraremos la pieza en nuestra base de datos “dulcinea” como efecto sustraído; difundiremos requerimientos a nuestros homólogos de otros países a través de Interpol para que tengan conocimiento; chequearemos todas las redes de compraventa y distribución de antigüedades y obras de arte para ver si alguien sabe algo. No se preocupe jefe, ya aparecerá —dijo la inspectora para tranquilizar a los asistentes.

—Eso espero Robina, hasta que no aparezca la quiero centrada únicamente en este caso, ¿¡Entendido!?

—A sus órdenes jefe. ¡Caballeros! —dijo Robin mientras abandonaba el despacho.

En la puerta, el subinspector González la esperaba para ponerse manos a la obra con el caso.

Juntos se dirigieron hacia el vehículo camuflado para continuar con la investigación.

—Una pregunta jefa, si no es mucho importunarte ¿Por qué no les has dicho lo de las imágenes manipuladas del museo; o lo que encontramos en las cámaras de tráfico? Contarles que tenemos la matrícula del vehículo implicado te hubiese hecho ganar muchos puntos.

—Ramón, si queremos tener éxito, esta investigación debe ser confidencial; nunca se sabe quién puede estar involucrado. Además, quería tantear al director del museo. No me ha gustado nada la cara de satisfacción que ha puesto al decirles que no teníamos nada; no es propio de alguien que ha perdido una pieza tan valiosa. De nada nos vale vender a los jefes una nube de humo si corremos el riesgo de perder la única pista que tenemos.

La inspectora sabía bien lo que se hacía. Los mandos policiales de una cierta escala dejan de ser policías para convertirse en políticos, a las órdenes de otros políticos más poderosos. Era mejor mantener la investigación en secreto para garantizar su eficacia, al menos por el momento.

Se dirigieron hacia la empresa de vehículos de alquiler propietaria del camión que habían utilizado los autores para cometer el robo. El dependiente de la tienda era un joven andaluz, repeinado y vestido con un traje un par de tallas más grande.

—Les puedo ayudar en algo.

Tras identificarse como agentes de la ley, solicitaron al vendedor los datos de las personas que habían alquilado aquel vehículo hacía un par de noches.

—¿Ha pasado algo? —preguntaba el joven vendedor mientras iba a buscar la ficha del vehículo.

—¡Ah! Ya me acuerdo. El vehículo lo alquilaron un grupo de clérigos extranjeros; apenas hablaban español. Creo que por algún lado tengo la fotocopia del carnet de conducir de uno de ellos.

—¿Un grupo de clérigos dices? —preguntó el subinspector.

—Sí, monjes. Al parecer necesitaban el camión para hacer una mudanza. Con el permiso de conducir que presentaron solo les pude dar uno de los pequeños; uno de esos que se puede conducir con la licencia de turismos. Ayer a primera hora de la mañana lo devolvieron; pagaron al contado.

—¿Está ese vehículo aquí? —preguntó la inspectora.

—No. Lo alquiló otro usuario. Ese tipo de camiones tiene mucha demanda hoy en día.

Eso descartaría poder sacar huellas de la cabina. El dependiente hizo entrega a los agentes de una copia de toda la documentación que tenía en su poder acerca de la transacción. Un contrato de alquiler, una factura, y la fotocopia de un permiso de conducir holandés, todo ello a nombre de un tal Aldert Manfred. Con suerte no se trataría de una documentación falsificada.

De vuelta en la oficina, Robin chequeó las distintas bases de datos policiales. Alguien con el nombre de Albert Manfres había volado desde el aeropuerto de La Haya hasta Madrid hacía ocho días. Era nuestro hombre. Esta persona no parecía estar hospedada en ningún hotel, iba a ser difícil dar con él.

En ese momento, Robin se dio cuenta de que tenía un sobre cerrado encima de su mesa que llevaba escrito en su exterior: *“A LA ATENCIÓN DE LA INSPETORA ROBINA TINO”*.

El sobre contenía una nota manuscrita que decía lo siguiente: *“TENGO INFORMACIÓN SOBRE EL CUADRO ROBADO, REÚNASE CONMIGO A LAS 20:00 HORAS EN LA PUERTA DE LA BIBLIOTECA NACIONAL. VENGA SOLA”*.

—¿Quién ha dejado esta carta en mi escritorio? ¿Alguien ha visto a la persona que ha dejado esta carta en mi escritorio? —preguntaba la inspectora en voz alta.

Nadie parecía saber nada. Solo había una manera de averiguarlo; debía acudir a la cita.

—González, tómate el resto del día libre, esta tarde tengo planes.

—Gracias jefa. Ya iba siendo hora de que tuvieras una cita con alguien.

Robin se dirigió al lugar del encuentro. La Biblioteca Nacional era un edificio muy concurrido. Situado en una de las principales avenidas de Madrid y a plena luz del día, la inspectora no tenía de que preocuparse.

Llegó puntual a la cita. En la puerta un hombre mayor, con gafas de pasta y una espesa barba blanca, parecía esperar con impaciencia.

—Buenas tardes inspectora. No sabía si había recibido mi carta. En los tiempos que corren la correspondencia física es la manera más segura de enviar un mensaje.

—¿Quién es usted? ¿De qué me conoce?, y ¿qué sabe del cuadro?

—Permítame que me presente. Mi nombre es Alberto; profesor Alberto Cifuentes para servirle. Trabajo aquí, en la Biblioteca Nacional. Si es tan amable de acompañarme le explicaré todo con detalle.

La inspectora accedió a seguir a aquel anciano que se introdujo a través de los arcos de seguridad del centro. La biblioteca ya había cerrado al público y sus salas estaban vacías. Únicamente el personal de seguridad permanecía en el edificio. El profesor la guio hasta su despacho personal en el corazón de aquel edificio monumental.

—Tome asiento inspectora y póngase cómoda. Como ya sabrá, la Biblioteca Nacional no es una biblioteca cualquiera. Es la encargada de conservar en depósito el patrimonio bibliográfico y documental español desde el siglo XVIII. Custodiamos alrededor de treinta millones de obras. Así que, en lugar de una biblioteca, es más bien algo a medio camino entre un banco de libros y documentos, y un museo.

—Perdone profesor, no me irá a decir que me ha hecho venir hasta aquí para darme clases de cultura general.

—En absoluto inspectora —tras unos segundos de silencio, el profesor continuó con su discurso—. Usted sabe quiénes son los *Rosacruces*.

—¿Los *Rosacruces*? —repitió Robin que parecía no tener ni idea de lo que le estaban hablando.

—Sí inspectora. La orden Rosacruz. Es una sociedad secreta cuyos integrantes viven entre nosotros desde hace siglos. Su fundador, un alemán llamado Christian Rosenkreuz, inició una peregrinación hacia el oriente en el siglo XIV. Allí estudiaría con maestros de las ciencias ocultas, iniciándose en ritos antiguos que, según dice la leyenda, le permitirían contactar con el plano divino. A su regreso a Europa, transmitió a sus discípulos todo lo que había aprendido en su largo viaje.

—Me parece estupendo, pero ¿qué tiene que ver eso con el robo del cuadro?

—Bien inspectora. Se dice que muchas grandes personalidades a lo largo de la historia han pertenecido a esa orden secreta, desde Isaac Newton hasta Benjamin Franklin. Aquí, en esta biblioteca, se hallaba depositado un viejo manuscrito germano que contaba la historia de la orden Rosacruz. Yo era el responsable de catalogar, conservar y custodiar, entre otros ese antiguo documento. Ese pergamino me ponía los pelos de punta. En él se mencionaba como un joven pintor perteneciente a la orden, llamado Jheronimus, sería el encargado de hacer realidad una gran obra esotérica. Una puerta hacia el otro lado.

—¿Hacia el otro lado? ¿Qué otro lado?

—No lo sé. Lamentablemente eso no lo mencionaba. La obra era descrita como una gran tabla

con dos puertas que se abrían, dejando ver, por un lado, un mundo de luz y de color, y por el otro un mundo de vicio y perversión. Por alguna razón, cuando leí la descripción de esa obra, me vino a la cabeza el cuadro de “*El Jardín de las Delicias*”; casualidad, solo dios lo sabe. Hace unos días, un monje de aspecto extranjero se personó en la Biblioteca solicitando consultar el libro. Cuando llegó a mis oídos me extrañó mucho. Nadie, salvo unos pocos, conoce la existencia de la obra, y mucho menos que la misma se encontraba custodiada en este lugar. Cuando ese hombre se presentó en el vestíbulo, me dirigí personalmente a hablar con él, me corroía la curiosidad.

—¿Usted vio al monje? —preguntó la inspectora.

—Claro que lo vi. Era un joven, no mucho mayor que usted. Tenía el pelo rojo como el fuego, y los ojos de color verde turquesa. Su aspecto era sobrio pero inteligente. Su español era bastante pobre, por lo que nos comunicamos en alemán.

—¿Iba solo?

—Sí, iba solo.

—¿De qué hablaron?

—Decía que había venido a España para estudiar ese antiguo manuscrito. Me rogó varias veces el poder verlo. Yo le dije en repetidas ocasiones que no era tan fácil. Tenía que rellenar unos formularios y razonar los motivos por los que quería visionarlo. Su solicitud se estudiaría y le sería enviada una respuesta al domicilio que eligiera; pero eso podría tardar semanas, e incluso meses.

—¿Rellenó ese formulario?

—No. Se dio la vuelta y se fue.

—¿Qué extraño? —dijo la inspectora— ¿Me puede mostrar ese manuscrito?

—Lamentablemente no. Desapareció la misma noche en la que robaron el cuadro.

No podía ser una casualidad. De alguna manera ese libro y ese cuadro estaban relacionados entre sí. Todo se complicaba cada vez más.

Tras abandonar la Biblioteca Nacional, Robin fue a su apartamento y se puso a navegar por internet. Quería saberlo todo acerca de esa orden secreta. Cuenta la leyenda que el fundador de la orden descendía de una familia noble que vivía en un gran castillo en los bosques de Turingia (Alemania). Dicha familia decidió, por algún motivo, convertirse a una religión de carácter nóstica llamada Catarismo. Cuando el gobernante de aquellas tierras se enteró, mandó ejecutar a toda la familia; si bien, el hijo pequeño logró escapar gracias a que sus padres le enviaron a un monasterio cercano, dónde sería criado por unos monjes como hombre de dios. Permaneció en ese lugar hasta comenzar su peregrinación. El joven Christian Rosenkreuz viajó por todo el mundo aprendiendo técnicas mágicas y antiguos ritos, especialmente en Oriente Medio y Egipto. Mezclaría todo lo aprendido de diferentes maestros, fundiendo esas creencias con la religión católica. Más tarde, a su regreso, fundaría una orden con centenares de fieles que duraría hasta nuestros días.

Actualmente, existen hermandades de Rosacruces en los países más importantes del mundo, si bien, algunas son más extremistas que otras. Los miembros de esa orden secreta a menudo ostentan puestos importantes de nuestra sociedad. Aquella hermandad ayuda a sus componentes a adquirir asientos de importancia con el fin de tomar el control de todo. Desde grandes empresas hasta gobiernos eran dirigidos por la orden en la sombra.

Aquellas historias fascinaban a la inspectora. ¿Dónde acaba la realidad y comenzaba la ficción?

Para Robin estaba claro que los autores del robo habían tenido algún tipo de ayuda de alguien

de dentro. Para burlar la seguridad de uno de los museos más importantes de Europa no bastaría con que el bedel le diera una copia de las llaves, hacía falta más, mucho más. Códigos secretos de seguridad que cambiaban periódicamente, acceso al sistema de cámaras, conocimientos del exacto paradero de la obra, etc. Su intuición le decía que el director, Jaime Verbógenes, estaba involucrado en el robo de alguna forma. Se puso a investigar a esta persona. Licenciado en Historia del Arte, pasó la mayor parte de su carrera profesional en el norte de Europa. Hacia menos de un año fue nombrado directamente director del Museo del Prado. Su antecesor fue destituido sin motivo aparente. Todo parecía muy raro. Decidió apostar por su teoría. Con la investigación paralizada, no se le ocurría en ese momento nada mejor que hacer. Concentraría sus esfuerzos en vigilar los movimientos del señor Verbógenes.

CAPÍTULO 3

Esa noche Robin envió un mensaje a su compañero de trabajo, el subinspector González: *“RAMÓN, MAÑANA A LAS 6:00 TE PASARÉ A BUSCAR A TU CASA, VE PREPARADO PARA UNA VIGILANCIA”*.

La inspectora sabía que no había tiempo que perder y cada minuto contaba. Con los medios adecuados y si los ladrones eran profesionales, la obra de arte podría encontrarse al otro lado del mundo en cuestión de horas.

A primera hora de la mañana, Robin recogió a su todavía soñoliento compañero en la puerta de su casa. Ambos se dirigieron hacia el domicilio del director del museo.

—Buenos días jefa ¿a qué tanta prisa?

—Buenos días. Vamos a hacerle un seguimiento al señor Verbógenes. Tengo un presentimiento.

—Como veas, tú eres la jefa; pero esto nos puede traer problemas. Lo sabes ¿no?

—Ya lo sé Ramón. No te preocupes. No se dará cuenta.

El director del museo Jaime Verbógenes vivía en una urbanización situada en un pueblo de la sierra de Madrid. Un muro de ladrillos separaba del exterior una casa unifamiliar que, desde fuera, parecía estar deshabitada y apenas amueblada. El director del museo parecía vivir solo en aquel lugar.

Los agentes posicionaron su vehículo camuflado a unos cincuenta metros de la puerta de la vivienda y aguardaron allí hasta que se produjera algún movimiento. Tras una hora de espera, algo comenzó a moverse en el interior de la casa, parecía que alguien salía del chalet, era el objetivo. El director salía de su casa bien vestido y bastante animado esa mañana. Abrió un gran vehículo todoterreno de color oscuro que se encontraba estacionado en la puerta, se introdujo en él e inició la marcha. Los investigadores comenzaron el seguimiento, aquel vehículo parecía dirigirse al centro de Madrid. Tras varios minutos de seguimiento, el vehículo del director se introdujo en los aparcamientos reservados del Museo del Prado.

—Bueno jefa, como era de esperar nuestro objetivo ha ido a trabajar. ¿Qué hacemos? ¿Volvemos al despacho? Tengo un montón de papeleo acumulado.

—Negativo González. De aquí no nos movemos hasta que salga. Esto es prioritario. Yo si fuera tú, llamaría a tu mujer para decirle que no sabes cuándo vas a volver a casa hoy.

—Pero jefa, ese hombre puede tirarse todo el día en el museo. No entiendo por qué tenemos que quedarnos aquí parados como pasmarotes.

—¡Es una orden González! Si no te gusta este trabajo puedes volver a patrullar las calles mientras cumples el horario establecido. En mi grupo se sabe cuándo se entra, pero nunca cuando se va a salir. Estableceremos turnos de vigilancia. Yo haré el primero. Tú puedes irte a la parte de atrás a descansar si quieres.

—¡A la orden jefa! —dijo el subinspector con tono irónico.

Robin sabía que a veces, para conseguir resultados en un seguimiento, hacía falta pasar arduas horas de vigilancia y aburrimiento, en ocasiones esos dispositivos duraban semanas, e incluso meses hasta sacar algún resultado. Pero eso era parte del trabajo policial.

Pasaron las horas y el todoterreno del director parecía no haber salido. Estaba anocheciendo y el día se había convertido en uno de los más largos del año. En un momento dado las luces de un

vehículo que salía del garaje del museo despertó del aburrimiento a los investigadores. Era el todoterreno del objetivo. Robin arrancó el vehículo policial y se situó detrás de este a dos coches de distancia. Parecía volver sobre sus pasos.

—Lo ves jefa, vuelve a casa. Menos mal que ese adicto al trabajo parece no tener vida social, si no a saber a qué hora terminamos hoy el servicio.

—Un momento, ¡se ha saltado la salida! —exclamó Robin emocionada.

El vehículo del director continuó circulando por la autovía del noroeste, dejando atrás la salida que llevaba a su domicilio. El seguimiento comenzaba a ponerse interesante. Tras pasar unos kilómetros, el director del museo cogió un desvío que llevaba a algún lugar de la sierra de Madrid. Había poco tráfico en la carretera y Robin tuvo que dejar más espacio entre vehículos para no ser detectados. A lo lejos, el todoterreno parecía introducirse a través de un camino de tierra que se abría a la derecha de aquella pequeña carretera interurbana. El vehículo avanzaba a baja velocidad para sortear los baches. Robin se saltó la salida y continuó por la carretera en la que circulaba.

—Pero jefa, no has visto que se ha metido por aquel camino.

—Sí Ramón. Pero si nos metemos detrás de él, llamaríamos demasiado la atención. Enseguida advertiría nuestra presencia y el seguimiento se vería comprometido. Hemos de ser precavidos.

La inspectora dio la vuelta en el primer lugar en el que pudo hacerlo y volvió hacia el camino de tierra. Ya no había rastro del vehículo del director. La inspectora introdujo el pequeño coche camuflado por aquel camino de tierra a muy baja velocidad y con las luces apagadas. Los bajos daban constantes costalazos en el suelo, y los amortiguadores parecían estar sufriendo el peor castigo de su vida, pero al menos avanzaba sin detenerse.

Tras varios minutos circulando por un camino oscuro y tenebroso, avistaron unas luces en el horizonte. Un edificio medieval hecho con piedra blanca y con una pequeña torre en uno de sus lados se erguía entre aquellos montes. Los arcos de su muralla y sus formas dejaban ver que esa edificación se trataba de un convento, una especie de monasterio o algo por el estilo.

Se aproximaron sigilosamente. En un lateral encontraron estacionado, entre otros, el vehículo del director del museo.

—¿Qué extraño? ¿Qué hará el señor Verbógenes a estas horas en este lugar? Jefa, eres un hacha.

Robin se aproximó al caserón bordeándolo mientras el subinspector González cubría sus espaldas. La noche se tornaba fría y el ruido del viento ocultaba el sonido de los tímidos pasos de los agentes mientras rodeando aquel edificio empedrado. Una de las ventanas con aspecto ovalada parecía estar abierta.

—Ramón, ayúdame a subir —susurró la inspectora.

—Pero jefa, ¿no será mejor pedir una orden de registro? ¿Al menos deberíamos pedir refuerzos?

—No seas cobarde. Crees que algún juez en su sano juicio nos daría una orden para entrar en un convento solo porque hemos seguido al director de uno de los museos más prestigiosos del mundo hasta aquí. No digas tonterías. Será solo un vistazo, lo prometo.

—Nos estamos metiendo en un buen lío —decía el subinspector mientras levantaba con sus manos las piernas de Robin, ayudándola a alcanzar el agujero de la ventana.

—Ya estoy dentro. Voy a dar una vuelta. Tú vigila fuera.

—Vale. Ten mucho cuidado. Avisa si necesitas ayuda.

La inspectora se desplazaba a hurtadillas a lo largo de lo que parecía ser unos baños comunes.

Las luces estaban apagadas y todo parecía tranquilo. Con cuidado de no hacer ruido, abrió la puerta de los baños para observar cómo la misma daba acceso a un largo y oscuro pasillo con puertas a ambos lados; esas puertas parecían llevar a las estancias de los monjes. Todo estaba en silencio; ya era tarde y probablemente los clérigos que allí habitaban estarían acostados.

Pero ¿por qué estaba allí el director del museo? Una vez dentro, Robin no podía abandonar el lugar sin averiguarlo. Como buena policía, la curiosidad era una de sus mayores virtudes, al igual que uno de sus grandes defectos.

Avanzó por el pasillo sin hacer el menor ruido. Ningún sonido parecía salir de las habitaciones. Al fondo del pasillo se asomaba una escalera que descendía hasta el piso inferior. Robin se dirigió hacia ella. Las escaleras parecían serpentear en círculo. Al final de ellas se apreciaba luz. La inspectora comenzó a bajar por las escaleras pegada a la pared con el fin de que su silueta no la delatara. Un gran salón vacío se abría paso ante los pies de Robin. Al otro lado del salón, una puerta abierta dejaba salir el sonido de una especie de murmullo colectivo; parecían monjes orando. Robin se acercó a la puerta con el mismo sigilo que un felino cazando en la oscuridad. Asomó su mirada por aquella estancia y pudo observar cómo, en una gran sala adornada con vidrieras en sus paredes, había varias personas encapuchadas y ataviadas con blancas túnicas. Esos monjes estaban arrodillados recitando algún tipo de oración. Pero aquello más que un rezo parecía un ritual. La sala estaba iluminada con cientos de velas de distintos tamaños y grosores; a lo lejos se distinguía una silueta alargada. La inspectora sacó la cabeza con cuidado. La persona que se encontraba al fondo de la sala vestía ropajes distintos al resto. Una túnica roja y un gorro ceremonial daba a esa figura un aire sectario. Su voz era profunda y parecía estar recitando frases leídas en un viejo libro colocado en un pedestal de madera delante de él. El resto de los asistentes parecían repetir las palabras que recitaba la persona que parecía ser el líder o anfitrión. El idioma en el que hablaban no parecía pertenecer ninguno de raíz latina; quizás se tratase de un dialecto germano.

Robin distinguió el símbolo Rosacruz en una de las vidrieras; una cruz dorada con una rosa roja en el medio. Un símbolo que pasaría desapercibido para cualquiera que no hubiese estado investigando acerca de la hermandad. Figuras egipcias adornaban la estancia. Sin duda una decoración extraña para un monasterio.

En un momento dado, el líder de aquel grupo de monjes dejó de recitar las palabras del manuscrito y los asistentes guardaron silencio. Robin se ocultó tras la puerta con miedo a que la hubiesen descubierto. El orador comenzó un discurso en lengua inglesa que la inspectora pudo comprender perfectamente.

—Caballeros. Primero de todo, quería agradecerles el haber venido desde todas partes del mundo a este humilde lugar que yo tengo el placer de liderar como gran consejero. Por fin, después de siglos de búsqueda, hemos conseguido nuestro objetivo. Tenemos en nuestro poder “*La Puerta*”; esa obra de ingeniería esotérica que fue arrebatada vilmente de nuestras manos hace siglos, y escondida en lejanas tierras ocultando su paradero. Así mismo, tengo el placer de anunciarles, que gracias a las investigaciones de nuestro hermano Manfred, maestro de la fraternidad neerlandesa, hemos podido averiguar también el paradero de las antiguas escrituras, arrebatadas también de nuestras manos por las mismas personas que nos hicieron huir y ocultarnos de la sociedad durante años. Hoy caballeros, es un día memorable. Tras tener acceso al sagrado manuscrito, hemos averiguado el paradero de la llave. A partir de ahora nada nos detendrá. El grupo mejor preparado de nuestra hermandad ha partido ya en su busca. Es solo cuestión de tiempo que cumplamos el objetivo para el que nuestra unión fraternal fue creada. Una vez abierta,

tendremos acceso a los secretos de la iluminación y a su poder. La reforma universal llegará; la regeneración está en camino. ¡LARGA VIDA A LA ORDEN! ¡LARGA VIDA A LA FRATERNIDAD!

La inspectora ya había escuchado suficiente. La persona que estaba recitando esas palabras parecía ser el señor Verbógenes. Sin hacer ruido se dirigió nuevamente hasta las escaleras por donde había venido, atravesó el pasillo y entró en los baños para volver a salir por la ventana ovalada. Al otro lado el subinspector González esperaba impaciente.

—Jefa, me habías asustado. Estaba a punto de entrar a buscarte —susurraba el subinspector con la cara desencajada.

— Ayúdame a bajar.

La inspectora estaba segura de que el cuadro se encontraba en aquel monasterio. De allí no podía salir nadie hasta que no llegaran los refuerzos. Robin llamó a su jefe para comunicarle que conocía el paradero del cuadro sustraído. Necesitaba apoyo urgente. Dos patrullas de la Guardia Civil destinados en un puesto cercano se acercaron al monasterio para apoyar la actuación de los agentes. La idea era cerrar el lugar asegurándose de que nada ni nadie saliese de aquel edificio. Esperaron hasta la llegada de un número de efectivos policiales suficiente. Tras algo más de una hora, llegó la caballería con el jefe de Robin a la cabeza.

—Buenas noches Robina, infórmame de las novedades.

—Vera jefe; tengo el convencimiento de que el cuadro sustraído en el Museo del Prado se encuentra en el interior de este monasterio.

—¿Cómo ha llegado a eso?

—Pues bien, es largo de explicar. Teníamos una pista que apuntaba a que los autores del hecho se trataban de integrantes de una orden secreta llamada Rosacruz. Esas personas también sustrajeron un antiguo manuscrito de la Biblioteca Nacional. Tenía el presentimiento de que el director del museo estaba implicado, así que lo seguimos hasta aquí.

—El señor Verbógenes implicado. Es un hombre muy influyente. Espero que tengas razón en esto —dijo el comisario, pudiéndose percibir fácilmente un tono de duda en su voz.

—No se preocupe, estoy segura a un noventa y nueve por ciento.

—No es suficiente —dijo el comisario con cara de preocupación—. Tienes que estar completamente segura.

El silencio se apoderó de la conversación.

—Solo hay una manera de averiguarlo —dijo la inspectora dirigiéndose a la puerta de acceso al edificio.

El comisario titubeante siguió los pasos de Robin, la cual golpeó con su puño el gran portón de madera.

—¡Policía, abran la puerta!

En ese momento el señor Jaime Verbógenes abrió los portones de acceso al convento.

—Buenas noches ¿Puedo ayudarles en algo?

—Disculpe don Jaime. Pero la inspectora Robina nos ha traído hasta aquí, y... —dijo el comisario con tono persuasivo.

—Buenas noches, tenemos motivos para creer que en este edificio hay material sustraído. Si nos deja entrar a comprobarlo se lo agradecería. Será cuestión de minutos. Si no, volveremos con una orden de registro y no seremos tan educados —profirió la inspectora con tono amenazante.

—Por su puesto agente. Siempre estoy dispuesto a colaborar con la justicia en todo lo que haga falta. Pasen por favor. Estábamos celebrando una reunión de mi antigua hermandad.

Los agentes entraron al siniestro edificio. Las personas que en él se encontraban iban elegantemente vestidas con trajes italianos y sobrias corbatas. No había rastros de los hábitos y las túnicas que Robin había visto hacía solo una hora.

—Ok chicos, comenzaremos por los sótanos e iremos subiendo. No os dejéis nada sin mirar. El cuadro mide más de dos metros, no es fácil de esconder. González, usted identifique a todos los aquí presentes. Entre ellos quizás se encuentre un tal Manfred. En ese caso tendrá que acompañarnos a dependencias policiales a contestar algunas preguntas —ordenó la inspectora repartiendo las tareas.

Los asistentes que se encontraban en aquel salón eran todos varones, de distintas nacionalidades, con aspecto de personas importantes. El tal Manfred estaba entre ellos.

—Ni rastro del cuadro jefa. Solo hemos encontrado este viejo libro —dijo uno de los agentes.

—Pásamelo, le echaré un vistazo —tras ojearlo, comprobó que se trataba de un libro escrito en alguna lengua germana con aspecto centenario; probablemente se trataba del mismo que fue sustraído de la Biblioteca Nacional la noche del robo del cuadro—. ¿Qué me dice de esto señor Verbógenes? No me irá a decir que no lo había visto antes.

—Por supuesto que lo había visto antes inspectora. Ese libro me lo ha prestado mi gran amigo Carlos Martínez; quizás le conozca, es el director de la Biblioteca Nacional. Puede llamarle para comprobarlo si quiere —contestó el agudo señor Verbógenes.

Aquello parecía un callejón sin salida. Sin rastro del cuadro y con coartada para todo, la inspectora sentía que había jugado mal sus cartas.

—Disculpe las molestias señor director, no le molestaremos más —decía el comisario mientras ordenaba a sus hombres que se retiraran del lugar—. Robina, quiero verla en mi despacho mañana a primera hora, ¿entendido?!

—¡Entendido jefe!

Robina y su compañero se dirigieron al vehículo para tomar el camino de regreso a casa. Sus rostros mostraban indignación y preocupación a partes iguales. Parecía que sentían haberse apresurado en sus comprobaciones.

—Jefa, me parece que estamos en un buen lío. Debimos haber esperado a tener algo sólido.

—Puede ser González, pero entonces no hubiese podido introducir un dispositivo de rastreo en la cubierta de ese antiguo manuscrito.

—¿Qué has hecho qué?

—González, algo me dice que ese viejo libro nos llevará hasta el cuadro robado.

CAPÍTULO 4

El día había sido largo, y la noche estaba a punto de acabar. De camino a casa, el subinspector González cayó rendido en el asiento del copiloto. Sus párpados pesaban más que la vergüenza por quedarse dormido delante de su jefa. En esos momentos era algo comprensible. Pero la mente de Robin no caería en el agotamiento; al volante del vehículo, su cabeza parecía funcionar a toda velocidad. El director del museo, miembro de una centenaria orden secreta; un monasterio en la montaña celebrando una reunión de lo que parecía ser las altas esferas de la organización; una extraña profecía acerca de una puerta y una llave. La puerta parecía referirse al cuadro robado, cuyo tríptico se abría a un mundo imaginario; pero y la llave. ¿A qué se refería con la llave? ¿Se trataba de una llave física o de algo espiritual, como una llave figurada? Y ¿qué demonios quería decir cuando hablaba de un grupo de la hermandad que había salido en busca de esa supuesta llave? No podía creer que, cuánto más avanzaba en este caso, más lejos estaba de la verdad.

Despertó a su compañero al llegar a la puerta de su casa para que se bajara.

—Perdón, me he quedado traspuesto —se excusaba el avergonzado subinspector.

—No pasa nada Ramón. Mañana no vengas a trabajar, quédate en casa con tu familia.

—Muchas gracias jefa, buenas noches.

Cuando Robin llegó a su apartamento, sus pensamientos no la dejaban dormir. Su cabeza estaba intentando resolver un acertijo y no pararía hasta verlo terminado. ¿Qué se le estaba escapando? ¿Qué podía haber hecho distinto?

Chequeó el dispositivo de rastreo que había introducido entre las grietas de la cubierta de aquel viejo manuscrito. El libro no se había movido, seguía en el mismo lugar. Entre risas recordó la primera vez que usó ese dispositivo; Robin, recién llegada a su unidad, solicitó al juez de guardia el poder colocar un dispositivo electrónico de seguimiento, también llamado baliza o chicharra, en el vehículo del más tarde condenado como autor de un robo de una imagen religiosa en una iglesia. El objetivo de balizar su vehículo era el de descubrir dónde había ocultado la pieza; aquel juez, sin ganas de complicarse demasiado el turno de guardia, alegó que esa medida socavaría el derecho a la intimidad del acusado, por lo que le sugirió a la joven inspectora que realizara un seguimiento por el método tradicional, un método igual de lesivo para la intimidad del investigado, pero más cómodo para el juez instructor. La inspectora, pasando por alto las reglas, adquirió por internet ese rastreador del tamaño de una moneda y lo introdujo en el vehículo de inculpado, lo que le llevaría en cuestión de horas al lugar donde tenía oculta la pieza sustraída.

Robin sabía bien que, circulando por el camino de la estricta legalidad, a menudo se perdía el desvío que llegaba a la verdad, por lo que en ocasiones tenía que coger alguna vía de servicio. Desde entonces, la inspectora siempre llevaba esa moneda en su cartera porta-placa para cuando la pudiera necesitar.

Tumbada en su cama, su mente daba vueltas como una lavadora centrifugando. Entonces le vino a la cabeza la imagen de aquel hombrecillo de la Biblioteca Nacional, el profesor Alberto Cifuentes. Esa persona había tenido acceso a la obra y a su interior. Quizás supiera de que trataba todo eso. Ese sería el siguiente paso a seguir.

Tras encajar la pieza del rompecabezas, por fin la inspectora cayó dormida.

A la mañana siguiente, Robin se levantó animada y se dirigió directamente a la Biblioteca

Nacional. A su llegada preguntó por el profesor Cifuentes; le informaron en la recepción que el profesor no había ido a trabajar en los últimos días.

—¿Qué raro? —pensó—. Pero ¿Le ha pasado algo?

—No lo sabemos. Lleva un par de días sin venir a trabajar y no ha dado señales de vida —respondió la recepcionista.

—Ok, gracias por la información. Qué tenga buen día —decía Robin mientras abandonaba el recinto apresuradamente.

Algo parecía haberle pasado al profesor. Sacó de su cartera la tarjeta con los datos de contacto que le había dado Alberto Cifuentes y marcó el número de teléfono que venía impreso en ella; teléfono apagado. En ese momento, Robin se percató de que la tarjeta tenía algo escrito a lápiz en su parte posterior, las palabras: “*NO CONFÍES EN NADIE*”. Aquella frase provocó a la inspectora un escalofrío que le recorrió el cuerpo. ¿Qué le había pasado al pobre profesor?

Inmediatamente, llamó al teléfono directo de su grupo de investigación;

—Al habla Martínez, en que puedo ayudarle.

—Martínez, soy Robin, necesito que me mires algo.

—Buenos días jefa. El comisario ha preguntado esta mañana como cuatro veces por ti. ¿Dónde estás? —preguntó el policía.

—¡El comisario! Había olvidado que quería verme a primera hora. Si vuelve a preguntar le dices que estoy haciendo gestiones fuera y que no sabes cuándo volveré. Oye, necesito que consultes datos de una persona. Es un posible testigo que pudiera estar en peligro. Se trata del profesor Alberto Cifuentes. Averigua su domicilio, teléfonos, si se encuentra hospedado en algún hotel, si ha salido del país, todo lo que puedas sacar acerca de él, ¿ok?

—Claro jefa, me pongo a ello. Cuando sepa algo te devuelvo la llamada.

Robin tenía un mal presentimiento. La desaparición del profesor no podía ser casual. Y, por otra parte, estaba segura de que su comisario había recibido esa mañana presiones para apartarla del caso. Se había acercado demasiado y no había sido lo suficientemente discreta. Cuanto más tiempo estuviera sin aparecer por allí mejor.

Robin esperó hasta que el policía Martínez llamara con la información obtenida. El profesor parecía no haber tenido movimientos en los últimos meses, y el único teléfono que le figuraba era el que venía impreso en la tarjeta. Su residencia habitual no estaba muy lejos de allí; le constaba una segunda residencia en un pequeño pueblo de Guadalajara. Como buena policía, Robin comprobaría los datos de los que disponía metódicamente.

Se dirigió al domicilio principal del profesor Cifuentes. Se entrevistó con el portero, el cual la informó de que hacía unos días que no había visto al profesor por allí. La inspectora subió al piso para comprobar si se encontraba en casa. Tocó el timbre en varias ocasiones, nadie parecía oírlo; nada se movía en el interior de aquella vivienda. Tras varios intentos aporreó la puerta con su puño mientras decía a gritos “¡PROFESOR, SOY YO! ¡LA INSPECTORA ROBINA! ¡ABRA LA PUERTA POR FAVOR!”. Al segundo golpe la puerta se abrió sola y el bombín cayó al suelo. La cerradura había sido forzada y desde el exterior se podía apreciar que el salón se encontraba revuelto. Robin sacó su arma reglamentaria y la empuñó con ambas manos mientras entraba al apartamento. Las luces estaban apagadas y no se escuchaba ningún ruido. Fue atravesando estancia tras estancia hasta llegar a las habitaciones principales. A su paso, comprobó que aquel apartamento tenía evidentes síntomas de haber sido registrado violentamente. Parecía como si un tornado hubiese entrado por la ventana y salido por la puerta principal arrasando todo a su paso.

Terminó la comprobación de la vivienda, no había nadie en su interior. ¿Quién había entrado en

el apartamento del profesor? Y ¿qué estarían buscando? Era de capital importancia encontrar a ese hombre. Su vida podía estar en peligro.

La inspectora abandonó la vivienda sin tocar nada dejando la cerradura superpuesta. Ya habría tiempo de sacar huellas en otro momento.

Cogió su vehículo y se dirigió a la segunda residencia del profesor, situado en un pequeño pueblo de Guadalajara, a apenas una hora del lugar.

Robin normalmente no podría ser definida como una conductora agresiva, pero de camino a su destino su vehículo parecía estar escapando de un tsunami que la perseguía de cerca.

Siguiendo las indicaciones del GPS de su teléfono móvil, llegaría al punto exacto. Se trataba de una urbanización de casas rurales, cuyos terrenos estaban separados por muros, todos ellos diferentes. Se notaba a primera vista que cada propietario había distribuido su parcela a su antojo. Un camino irregularmente mal asfaltado la llevaría al número 41, la segunda residencia del profesor. Un muro de piedra se elevaba hasta la altura de la cintura, para dejar paso a una valla hecha con barrotes metálicos y bien afilados. Esa casa no disponía de ningún tipo de timbre donde llamar. Desde el exterior, parecía no encontrarse nadie en la vivienda.

Tras comprobar que no habían miradas ajenas a su alrededor, Robin eligió el lugar idóneo para atacar el muro y saltó la valla con la misma agilidad que un gato callejero. Sigilosamente, siguió el camino que la llevaba hasta la casa. Se dirigió a la puerta principal, estaba cerrada. La inspectora bordeó la vivienda comprobando cada ventana corrediza, quizás alguna estuviera mal cerrada. No hubo suerte. Se fijó en que la puerta del garaje era de mala calidad; de chapa y vieja, sería fácil de abrir. El garaje parecía comunicar con el resto del inmueble, así que se arrodilló para desencajar el cerrojo desde fuera, este se movió sin problema dejando la puerta liberada. Empujó hacia arriba y la puerta se abrió. De la oscuridad salió una silueta que apuntaba a la inspectora con una escopeta de caza. Robin rápidamente echó mano a su arma reglamentaria, pero el movimiento fue demasiado torpe y lento; estaba a merced de esa persona que se acercaba amenazantemente, por lo que decidió alzar ambas manos en señal de rendición.

—Inspectora Robina; no esperaba su visita.

Esa voz le era familiar.

—¡Profesor Cifuentes! —dijo la sorprendida inspectora.

—¡Claro! ¿Quién iba a ser si no? Esta es mi casa. ¿A quién esperaba?

—Disculpe. Pensé que le había pasado algo. En su trabajo me dijeron que llevaba varios días sin aparecer; pasé por su domicilio a buscarle y estaba todo revuelto.

—¿Revuelto? ¡Esos bastardos! Desde aquella tarde en la que usted me honró con su visita en la Biblioteca, me siento observado. Creo que mi jefe está metido en esto también, no encuentro otra explicación. Intenté comunicarme con usted lo más discretamente posible, pero se ve que no fui lo suficientemente cauto —comentaba el profesor Cifuentes con cara de decepción—. Aquella tarde, cuando salí de trabajar, sentí como un coche oscuro me seguía. Al principio pensé que podían ser policías, pero en un semáforo me percaté de que en el vehículo iban dos varones de aspecto extranjero. Aproveché un cruce peligroso para saltarme el semáforo y así despistarles. Vine directamente a mi residencia de fin de semana, pocas personas saben que existe, la heredé de mis padres. Me sorprende que usted diera conmigo.

—Bueno profesor, ya sabe lo que dicen, la policía no es tonta; y el registro de la propiedad es una fuente de carácter público.

—¿A qué ha venido aquí? ¿Sabe algo más acerca del paradero del cuadro? —preguntó el profesor.

—Lo único que sé es que ha caído en manos de la orden Rosacruz. Creo que para ellos se trata de una especie de puerta mística, o algo por el estilo; y que en el manuscrito estaban las instrucciones para llegar a una supuesta llave, que quiero entender que abriría la puerta. Parece una locura, pero es todo lo que tengo.

—Una llave, eh... interesante —dijo el profesor mostrando un gesto preocupado y meditabundo.

—¿Le suena de algo lo que le digo? Usted tuvo en sus manos ese manuscrito, ¿sabe de qué le hablo?

—¡Por supuesto que lo sé! He tenido ese manuscrito en mis manos cientos de veces. Su lectura era fascinante, a la par que tenebrosa. Al principio creí que se trataba de otro libro que narraba la historia de Christian Rosenkreuz, pero después me percaté de que ese era el manuscrito original que escribió el propio fundador de la orden. Una vez fallecido fue continuado por sus predecesores en el trono. Uno tras otro, iban contando sus descubrimientos místicos a lo largo de los siglos. El último capítulo contaba la historia de cómo un joven pintor de la orden construyó con sus propias manos una puerta a la tierra prometida.

—¿Se refiere al Paraíso? —preguntó Robin.

—Algo parecido. Según las indagaciones hechas por el propio Rosenkreuz, lo que en la Biblia era descrito como el paraíso, en realidad se trataba de otro lugar, un planeta lejano donde los hombres vivían en armonía con la naturaleza. El fundador cuenta que, las personas que no fueron dignas de ese idílico mundo, fueron desterradas del planeta y enviadas al entonces peligroso y salvaje planeta Tierra. Según cuenta, los primeros pobladores eran villanos y bandidos que se mataban entre sí para sobrevivir; esas sanguinarias matanzas ocurrían incluso entre miembros de una misma familia.

—Pero eso no deja de ser mitología; cuentos para niños —dijo Robin con gesto incrédulo.

—Que se trate de mitología o realidad no es la cuestión. Esa orden pretende accionar una puerta interdimensional para poder volver a la tierra prometida, y no pararán ante nada hasta conseguir su objetivo. Eso les convierte en seres peligrosos.

—Entiendo.

—Según constaba en el manuscrito, el joven pintor holandés era el encargado de construir la puerta, pero la llave solo la podía construir un antiguo clan de hechiceros egipcios. Ambas organizaciones se aliaron para conseguir su fin.

—¿Y qué pasó? Eso fue hace cientos de años, ¿por qué no abrieron la supuesta puerta en su momento? —preguntó Robin.

—Buena pregunta inspectora. La iglesia católica en aquella época era muy poderosa y tenía espías infiltrados en todas partes; por lo que, la inquisición española, que seguía de cerca los movimientos de la orden, tuvo noticias de sus planes y decidió intervenir al considerar esas prácticas como satánicas. La puerta fue confiscada en la batalla de Flandes, y adquirida posteriormente por el monarca español Felipe II, quien la ocultaría y guardaría a buen recaudo en el Monasterio de El Escorial. La llave fue destruida para que nadie nunca pudiera intentar utilizar la puerta.

—No lo entiendo; por un lado, si la llave fue destruida, esa puerta sería inservible, en el hipotético caso de que sirviera para algo; y por el otro ¿qué demonios anda buscando la orden Rosacruz si no existe ninguna llave?

—Bien, mi querida inspectora. La llave fue destruida, pero el molde con la que se hizo estaba custodiado en lo que entonces era una fortaleza infranqueable, hoy en día uno de los atractivos

turísticos españoles más importantes.

—Me he perdido, ¿de qué está hablando? —preguntó Robin.

—Le estoy diciendo cual fue la última anotación del libro. El molde de la llave que abriría la puerta que lleva a la tierra prometida estaba custodiado en la fortaleza roja situada en lo alto de una montaña de Andalucía, también conocida como La Alhambra. Según mis investigaciones, está actualmente expuesta en el arco de una de sus puertas principales. El molde, que ha estado durante años a la vista de millones de visitantes, es conocido como el símbolo de la Llave o Miftah que, según la interpretación de los expertos, para unos representa la Shahada o profesión de la fe, uno de los cinco pilares del islam; y para otros indica el poder concedido a Mahoma de abrir las Puertas del Cielo.

Todo cobraba sentido. El equipo especial de la orden Rosacruz se dirigía a Granada para robar un antiguo símbolo de La Alhambra. Era una información óptima que hacía a Robin poder anticiparse a los pasos de aquellas personas y atraparlas con las manos en la masa. Una vez entre rejas, dar con la obra de arte sería cuestión de tiempo.

CAPÍTULO 5

No había tiempo que perder, los miembros de la orden llevaban mucha ventaja a la ávida investigadora. Robin llamó por teléfono a un compañero suyo de promoción, destinado actualmente en la Comisaría Provincial de Granada.

—Carlos, soy Robina Tino, ¿te acuerdas de mí?

—¡Hombre Robin, cuánto tiempo! ¿Qué tal te va la vida por Madrid?

—Bien Carlos. Te llamo para pedirte un favor. Tengo información de primera mano de que van a intentar robar una pieza del interior de La Alhambra. Voy a salir ahora para allá. Necesitaría que comunicases esto a tus superiores para que establezcan un dispositivo de vigilancia en torno a ella.

—¿Una pieza? ¿Qué clase de pieza?

—Se trata del símbolo de una llave que, al parecer, está colocada en lo alto del arco de una de las puertas. ¿Sabes de qué te hablo?

—Claro. La Alhambra está plagada de esa clase de símbolos. Yo lo comunico, pero no tienes de que preocuparte. Ese monumento es uno de los más seguros del mundo; tiene seguridad privada veinticuatro horas, alarmas y cámaras de grabación por todas partes. Además, esa llave se encuentra a varios metros del suelo. Dudo mucho que unos tíos con una escalera pasaran desapercibidos por allí.

—Carlos, no los subestimes; son profesionales. Tengo razones para creer que esas personas son las mismas que robaron una valiosísima obra de arte aquí en Madrid.

—¿No me digas? ¿No te referirás al robo de ese cuadro del Museo del Prado? Salió en todos los periódicos.

—Esa información es confidencial. Sabes por donde voy ¿no? —dijo la inspectora en un tono de complicidad—. Por favor, date prisa en comunicarlo; y tened cuidado. Esas personas no se detendrán ante nada para conseguir esa pieza y podrían ser peligrosas.

—Bueno, no creo que por una antigua reliquia que lleva expuesta al aire libre cientos de años quieran jugarse la vida.

—Hazme caso Carlos, sé de lo que hablo. Voy para allá, llegaré en algo más de cuatro horas. Un beso y cuídate; estamos en contacto.

—Ok Robin, ahora hablo con mi jefe. Cuando estés por aquí pégame un toque y nos vemos. Un beso.

La inspectora se dirigió apresuradamente a su vehículo. Cada minuto contaba. No podía dejar pasar una ocasión como esa.

—¿Dónde cree que va? —dijo el profesor.

—¿Qué dónde voy? Voy a Granada a hacer mi trabajo.

—No pensaré que le voy a dejar ir sola. Me voy con usted. Espere un minuto que cierre la casa.

—Lo siento profesor, esto no es un juego; es trabajo policial. Usted estará más seguro aquí escondido.

—De eso nada. Primero de todo, si no fuera por mí, usted seguiría dando palos de ciego en este caso. Tengo el mismo derecho a continuar con esto que el que tiene usted. Piense que podría

necesitarme en algún momento; tengo amplios conocimientos acerca de la orden secreta con la que usted se está enfrentando, llevo meses estudiándola, seguro que le soy de utilidad. Además, si usted ha tardado horas en encontrarme, es cuestión de tiempo que ellos también lo hagan. Este lugar ya no es seguro para mí.

Robin escuchó las palabras del profesor y reflexionó por un momento.

—Bueno, ¿a qué espera? No tengo todo el día. ¿Va a subir al coche o no? —dijo Robin en señal de invitación hacia el profesor.

—¡Claro! Ya voy. Espere que coja mi abrigo —el profesor entró a aquella casa rural para salir momentos después empuñando una escopeta con dos largos cañones.

—Pero ¿dónde va con eso?

—Nos vamos de caza ¿no? En el maletero no molestará. Además, es mejor prevenir...

El profesor Cifuentes guardó el arma en el maletero y se introdujo en el vehículo ocupando el asiento del copiloto. La inspectora arrancó y salió de allí a toda velocidad dejando una nube de polvo tras de sí.

Era hora punta y la autovía estaba plagada de todo tipo de vehículos cuya intención era abandonar la capital al unísono. La inspectora conectó la luz rotativa del vehículo camuflado a la vez que accionaba la sirena. No podía perder tiempo en atascos de fin de semana. Recorrió el arcén a la misma velocidad que lo haría un coche de carreras en un gran premio decisivo. El profesor se agarraba a los bordes del asiento como si se tratase de una atracción de parque temático. Al salir de la gran ciudad, el tráfico se moderó y la circulación se hizo fluida.

El silencio reinó durante gran parte del trayecto. La cara de concentración de la inspectora hacía ver qué estaba demasiado ocupada conduciendo a esa velocidad mientras planeaba de antemano todo lo que debía hacer a su llegada a Granada.

El profesor rompería ese confortable silencio para compartir algo con la inspectora.

—Durante siglos, la orden Rosacruz ha luchado para que sus integrantes adquirieran puestos de importancia en todos los estamentos de la sociedad; desde miembros del gobierno, hasta altos cargos de distintas religiones como la católica, han pertenecido a la hermandad durante años. Si acepta mi consejo, no confíe los pormenores de este caso a nadie. Esas personas están por todas partes y nunca se sabe quién podría ser uno de ellos.

—No se preocupe profesor. A lo largo de los años he aprendido de buena tinta que, en el trabajo policial, la información solo debe fluir hacia un lado, y eso es hacia el lado de la persona encargada de la investigación. Tranquilo, sé bien lo que hago.

—Inspectora, sé que usted es una mujer muy inteligente, pero debe de conocer mejor a su enemigo para enfrentarse a él. Los miembros de la orden dicen guardar el misterio sublime de la existencia y el dominio de la vida. Los mitos y leyendas a los que se refería ese antiguo pergamino parecen ir encaminados a crear lo que ellos definen como *maestros de la vida*, los cuales adquieren el dominio sobre su propio destino. Todas esas prácticas ocultas parecen dar como resultado el reencuentro con el interior de cada uno y del despertar de las facultades internas. Todos ellos se protegen entre sí como si fueran verdaderos hermanos. Imagine lo que usted estaría dispuesta a hacer por un hermano o hermana, prácticamente cualquier cosa. Esas personas fundaron algo que denominaron como *escuelas de misterios*, al objeto de enseñar esos secretos. Sus miembros se consideraban veladores silenciosos de esos conocimientos esotéricos. Han pasado gran parte de su existencia intentando descubrir las leyes del universo, considerando el cuerpo humano como un universo a pequeña escala; y con la premisa de que, conociendo los secretos del uno, averiguarán los secretos del otro.

—Ya veo profesor. Todas las religiones han adornado sus discursos con promesas y bonitas palabras para captar adeptos. Pero, si sus conocimientos son tan importantes ¿por qué no los han compartido con el resto del mundo? Permanecer ocultos durante siglos no es la mejor manera de ayudar a la sociedad.

—Según ese viejo manuscrito, el mundo no estaba preparado para asimilar tal sabiduría. Los gobernantes nunca quisieron hombres libres, sino personas influenciables y fáciles de manejar.

—Profesor, no se creará usted esas patrañas —dijo Robin mirándole fijamente mientras conducía—. No me irá a decir que de verdad cree que el cuadro robado es en realidad una puerta que lleva a quien sabe dónde, y esa puerta se abrirá con una especie de llave... ¿mágica?

—Yo no digo tal cosa inspectora. Como usted sabrá yo soy un hombre de ciencia; pero no le voy a negar que tendría curiosidad en ver qué pasaría si la llave y el cuadro se juntasen.

En ese momento el teléfono de Robin empezó a sonar. Era Carlos.

—Buenas Carlos, ¿alguna novedad?

—Robin, no te lo vas a creer; hemos llegado tarde. Se han llevado el símbolo.

—No me lo puedo creer. ¿Hay testigos, cámaras de grabación o algo que delate a los autores?

—De momento nada de nada. Ahora están intentando extraer las imágenes de las cámaras, pero parece que hay un error informático.

—¿Un error informático? —repitió Robin mientras meditaba sobre lo acontecido—. Ok, estoy llegando, espérame en la puerta de La Alhambra, ahora te veo.

Era demasiado tarde, la ventaja que tenían los miembros de la orden había provocado que el tiempo de reacción policial no fuera lo suficientemente corto como para impedir el robo. Robin y el profesor llegaron a lo alto de la montaña cuya cumbre está coronada por la majestuosa Alhambra. En la entrada, un cordón policial impedía el paso a mirones.

—Buenas tardes, soy la inspectora Robina Tino, de la Brigada de Patrimonio Histórico —decía Robin dirigiéndose al policía uniformado que custodiaba el cordón policial a la par que se identificaba con su placa insignia— El inspector Carlos Del Monte me está esperando; el profesor Cifuentes viene conmigo. Es un experto en arte y antigüedades.

—Claro inspectora, pase —dijo el agente mientras levantaba la cinta policial.

La inspectora vio al inspector Carlos a varios metros entrevistándose con distintas personas. Se acercó a él y, tras un rápido saludo, le preguntó sobre lo acontecido.

—Pues verás Robin, creo que he hablado ya con todos los trabajadores que estaban de servicio. Ninguno vio nada; ni siquiera se habían dado cuenta de su ausencia —decía el inspector Carlos con cara de asombro—. Acabo de estar en la sala de cámaras y, al parecer, tienen algún tipo de problema informático desde anoche. El disco duro debe de estar dañado. Las cámaras no han grabado nada. Es todo muy extraño; parece obra de profesionales.

—Te lo advertí Carlos; hemos llegado tarde.

La decepción de Robin se hacía patente en su mirada. Había estado tan cerca de atraparlos que aún podía sentir el olor de su presa. Pero ya era tarde, el molde se había esfumado al igual que el cuadro. ¿Por dónde continuar la investigación? Todo se hacía cuesta arriba para la incansable investigadora.

Cogió aire por un segundo y estudió el caso con perspectiva. A veces, cuando estás tan cerca de algo, se te estacan los detalles y es mejor dar un par de pasos atrás para visualizar el problema desde un ángulo más abierto. Los autores del robo tenían en su poder el cuadro y también el molde para fabricar la supuesta llave. ¿Cuál sería el siguiente paso? Debían construir la llave y juntar ambas piezas en algún lugar. No estaba todo perdido.

La inspectora se despidió de su compañero y se dirigió de vuelta al coche junto con el profesor. Una vez en el interior, Robin interrogó a este en busca de respuestas.

—Profesor, hábleme de la llave. Necesito saber todo lo que sepa acerca de ella.

—Bien. La llave, que abrirá lo que ellos llaman las Puertas del Cielo, es una llave de oro realizada por un alquimista. Pero no debe de ser hecha de cualquier tipo de oro, sino de oro hecho mediante transmutación.

—¿Transmutación? —preguntó Robin.

—Sí. Es un término relacionado con la alquimia que consiste en convertir un elemento en otro. Este método, que en sus inicios fue considerado como una práctica mágica, es en realidad una transmutación mediante el bombardeo de un átomo de nitrógeno con partículas alfa. Ese fenómeno, aunque parece artificial, es en realidad algo natural y aparece en la naturaleza constantemente. Los elementos inestables se transmutan en otros de peso atómico inferior hasta que su núcleo se vuelve estable. El fenómeno contrario, es decir, cuando la transmutación es de un elemento X a otro con un peso atómico mayor es lo que se trata de un proceso más elaborado y requiere la exposición a muy altas temperaturas. Esto también ocurre de forma natural en el interior de astros como el sol u otras estrellas, o en lo que se denomina como fusión nuclear —explicó el profesor.

—Entonces, si le he entendido bien, esas personas tienen que buscar a un alquimista que convierta un bloque de plomo en oro, e introducir el oro resultante en el molde para fabricar una llave, ¿correcto?

—Correcto. Aunque conociendo el funcionamiento de la orden, me temo que ya tendrán todo preparado para la fabricación de dicha llave. Es cuestión de tiempo que la llave sea creada, si no está siendo creada ahora mientras hablamos.

Todo se tornaba incomprensible. Robin tenía la sensación de que se estaba introduciendo en un mundo oculto, del cual le iba a costar salir.

En ese momento le sonó su teléfono móvil. Echó una ojeada, el dispositivo GPS le avisaba de que el libro estaba en movimiento. Quizás ese fuera el peor momento del mundo para eso. Cansada y a cientos de kilómetros de distancia, ese manuscrito parecía haber elegido el momento perfecto para no ser interceptado.

—¿Algún problema, inspectora? —preguntó el profesor.

—No, me escribe mi madre, la tengo que llamar. Discúlpeme un segundo —dijo Robin mientras bajaba del vehículo.

Robin era muy celosa de guardar en secreto el resultado de sus investigaciones, y máxime cuando utilizaba técnicas no permitidas por la ley. En ese momento telefoneó a su compañero el subinspector González.

—Buenas tardes jefa, ¿todo bien? —respondió el subinspector.

—Ramón, necesito que formes ahora mismo un equipo de seguimiento y te vayas dirigiendo a la localización que te voy a enviar.

—Pero jefa, ¿recuerdas que hoy me diste el día libre? —respondía el subinspector.

—Ramón, no hay tiempo para eso ahora. Esto es muy importante. Ya te cogerás una semana de vacaciones cuando todo esto acabe.

—A la orden jefa. Voy a llamar a mi equipo, estaremos preparados en treinta minutos.

Robin envió la ubicación en tiempo real al teléfono de González y se introdujo en el vehículo para emprender el camino de vuelta a la capital.

—¿Va todo bien inspectora?

—Todo bien, volvemos a Madrid.

—Pero, el día ha sido largo. ¿No será mejor descansar en algún hotel de la zona y volver mañana? —preguntó el profesor quien acusaba el cansancio.

—Lo siento profesor, no es posible, tengo trabajo que hacer en la oficina.

Juntos emprendieron el camino de vuelta. El profesor Cifuentes, agotado, se quedó dormido durante todo el camino. La inspectora estaba atenta a su teléfono móvil mientras conducía a la espera de noticias relativas al seguimiento de aquel maldito libro. Un mensaje a su teléfono la haría soltar el pedal del acelerador: *“Los siento jefa. Hemos perdido el libro. El último posicionamiento lo ha dado en el aeropuerto de Barajas”*.

Otra vez llegaba tarde, el libro había volado, literalmente, y con él la esperanza de encontrar el cuadro robado. Aquel sería otro caso sin resolver en un mundo lleno de delitos. La inspectora había hecho todo lo que había podido, pero no había sido suficiente. Las circunstancias parecían estar en su contra.

Dejó al profesor en aquella casa de pueblo alejada de la civilización para regresar de nuevo a su apartamento. Se quitó la ropa y cayó rendida en un instante.

A la mañana siguiente se percató de que su teléfono móvil se había quedado sin batería. Lo conectó a su cargador y apretó el botón de encendido. Siete llamadas perdidas realizadas desde el despacho de su jefe. Se le había olvidado completamente que quería hablar con ella. Ya no había prisa. Tras una ducha relajante, se preparó un desayuno succulento. Mientras desayunaba viendo el noticiario de la mañana, chequeó la aplicación de seguimiento del libro. El libro se encontraba en Alemania, en algún lugar cerca de Berlín. Demasiado lejos de allí y fuera de su jurisdicción. Lo único que podía hacer era hablar con su jefe para convencerle de pedir una comisión rogatoria con el fin de recuperar el libro, y con él quizás el cuadro, pero según estaban las cosas, valía más darlo todo por perdido.

Se dirigió a su oficina. Su jefe la espera impaciente en su despacho.

—A sus órdenes comisario, quería verme —dijo Robin.

—Hombre, la señorita Robina por fin hace acto de presencia. Creí haberla ordenado hace dos días que se presentara en mi despacho a primera hora.

—Verá jefe, estaba tras la pista de...

—No he terminado de hablar —interrumpió el comisario—. Me ha llamado el Delegado del Gobierno pidiéndome explicaciones acerca del incidente del otro día con el director del Museo del Prado en aquel monasterio. Me ha dado un ultimátum, me ha dicho que si vuelve a pasar algo parecido el próximo destino que tendré será en el Valle de Arán.

—Siento mucho todo eso jefe, pero ayer descubrí algo...

—¿Le he preguntado algo? Usted hablará cuando yo se lo diga —contestó con voz alta e imperativa cortando las palabras de la inspectora—. A partir de ahora, el caso lo llevará el inspector Fonseca. Y dé gracias a que no le abra un expediente disciplinario y la suspenda de empleo y sueldo por una larga temporada. De momento, se va a tomar unas vacaciones forzadas. Váyase a casa; no la quiero ver por aquí hasta el lunes que viene. Mientras tanto pensaré en qué hacer con usted.

—¿Es todo jefe?

—Sí, puede retirarse —dijo el comisario dando la espalda a la inspectora.

Robin salió del despacho sorprendiendo al subinspector González parado y escuchando detrás de la puerta.

—¿Lo has oído todo? —preguntó Robin.

—Sí jefa, lo siento mucho. ¿Qué vas a hacer ahora?

—Ramón, no me llames jefa, tú y yo somos amigos; y seguramente ya no volveré a ser tu jefa nunca más. En cuanto a tu pregunta, haré caso al comisario y me tomaré una semana de vacaciones; siempre quise conocer Berlín.

CÁPITULO 6

Robin llegó a su apartamento desolada, su obsesión por resolver ese caso la estaba pasando factura. Pero estaba decidida a encontrar ese cuadro. Nunca había sido una persona que se rindiera fácilmente, su perseverancia le había hecho en ocasiones ganarse algún que otro enemigo. Navegó por la red y comenzó a buscar un vuelo a Berlín; debía partir inmediatamente. En ese momento recibió una llamada del profesor Cifuentes.

—Buenos días inspectora, ¿alguna novedad referente al cuadro?

—Buenos días profesor, la única novedad es que me han apartado del caso. Lo siento mucho. A partir de ahora, un compañero de la brigada se encarga de la investigación, el inspector Fonseca. Cualquier cosa que descubra puede dirigirse a él —respondió Robin con voz de resignación.

—¡No me diga! Se lo dije, están por todas partes. Se había acercado demasiado y han movido sus hilos para apartarla del caso. De estar en sus zapatos yo hubiese hecho lo mismo —comentó el profesor con buen criterio—. ¿Qué piensa hacer ahora?

—Pues verá, me han invitado amigablemente a cogerme unas, digamos, obligadas vacaciones. Así que me voy a pasar unos días a Alemania. Es un país que siempre he querido conocer.

—¿Alemania? Usted no me engaña inspectora. Va tras la pista del cuadro. La orden Rosacruz fue fundada allí, y allí se encuentra el lugar más sagrado de esa secreta institución, el lugar donde descansan los restos del mismísimo Christian Rosenkreuz. Se dice que el fundador de la orden se llevó a la tumba, literalmente hablando, todos los secretos aprendidos a lo largo de su largo viaje. Técnicas mágicas que adquirió de distintos maestros, y que logró mejorar mediante el estudio y la unión de todo ese conocimiento. Así mismo, y según figuraba en aquel manuscrito, al igual que la vida sigue un ciclo, la orden Rosacruz también, y cada cien años la orden desaparece de la faz de la tierra, ocultando todos sus secretos en el lugar mismo donde se encontraron, a la espera de volver a renacer, cada vez más fuerte; cada vez más poderosa.

—Muy interesante profesor, pero no tengo tiempo para eso ahora. Ya le he dicho que ya no me encargo del caso —contestó Robin intentando negar lo evidente.

—Inspectora, no puede ir hasta allí sola; me voy con usted. Seguro que le vendrá bien un par de manos amigas. Además, como ya sabe, entre los cinco idiomas que domino, se encuentra el alemán. Hace años trabajé en un proyecto en la ciudad de Bremen. La acompañaré en sus, digamos, “vacaciones”.

A la inspectora no le gustaba la idea de ir cargando todo el camino con un señor mayor que la ralentizase, pero sus palabras eran sensatas; ese viaje no sería una visita oficial de cooperación policial, se trataba de una misión secreta que la inspectora afrontaba por su cuenta y riesgo. Sin arma reglamentaria y sin refuerzos a los que recurrir, aquella operación se presumía peligrosa. Quién sabe lo que la estaría esperando en ese lugar. Aunque con reticencia, la inspectora aceptó la oferta del profesor Cifuentes. Tras hacer su maleta se dirigió al aeropuerto. Se encontraría con el profesor en la puerta de embarque. Una vez allí, zarparon rumbo a Berlín.

Por el camino, el profesor comentó algunos detalles acerca de la orden que Robin desconocía. Al parecer, la orden se consideraba heredera de las escuelas de misterio que se instauraron en lugares tales como Egipto, Babilonia, Grecia, o Roma. Personajes célebres de la historia reciente, como Isaac Newton, Víctor Hugo, Descartes, o Goethe, se consideraban pertenecientes a esa

centenaria hermandad. Sus miembros afirmaban que sus conocimientos, lejos de ser teológicos, eran de naturaleza práctica, los cuales ayudaban a mejorar la calidad de vida de quien los estudia. Entre esas prácticas, se encuentra el supuesto aprovechamiento del potencial de la mente humana, en especial el gran porcentaje de ella que el hombre medio no llega a utilizar a lo largo de su vida. Mezclan las religiones tradicionales con las esotéricas, considerando a dios como el arquitecto del universo, estudiando por tanto las leyes cósmicas y las kármicas por igual.

El vuelo se hizo corto y pronto llegaron a su destino. Una vez en Berlín, la inspectora activó el programa para conocer la ubicación del dispositivo GPS colocado en el libro. Este se entraba no muy lejos de allí, cerca de una ciudad llamada Erfurt.

—¿Y ahora qué? —preguntó el profesor.

—Pues ahora nos tenemos que dirigir a un lugar llamado Erfurt —contestó la inspectora.

—Claro. No podía ser de otra manera. La provincia de Erfurt alberga los bosques de Turingia, lugar donde empezó todo. Dicen que su frondosidad es imponente, y su flora sublime —comentaba el profesor con voz entusiasta—. Pero ¿cómo sabe exactamente dónde no debemos dirigir? Aquellos bosques son inmensos, nada que ver con lo que usted se puede encontrar en la península ibérica. No podemos ir por allí dando palos de ciego.

La inspectora meditó la respuesta manteniéndose en silencio por unos instantes.

—Bien profesor, creo que, llegados a este punto, merece saber algo más de la investigación. Hace tres noches seguí al director del Museo del Prado hasta una especie de monasterio ubicado en las afueras de Madrid. Allí me precipité registrando el lugar pensando que daría con el cuadro, pero no fue así. Si bien, tuve en mis manos el libro del que usted me había hablado. Al verlo, tuve la corazonada de que ese libro y el cuadro robado estaban de alguna forma conectados; y que el uno me llevaría a encontrar el otro. Por eso, introduje un dispositivo de rastreo en el interior de una de las grietas de la cubierta. El libro permaneció inmóvil hasta anoche, momento en el cual ese antiguo manuscrito se empezó a mover y llegó hasta ese lugar de la provincial de Erfurt. Lugar en el cual estoy segura de que se encuentra el cuadro que ando buscando.

—Sencillamente brillante. Inspectora, no la había sobrestimado en absoluto cuando la elegí para contarle todo lo que sabía acerca del libro. Es usted un genio.

—Bueno, todavía no tenemos nada. El plan es encontrar el cuadro y llamar a las autoridades alemanas para que se hagan cargo. En este país no tengo competencias.

Todo parecía sencillo en palabras de la inspectora, pero en su mente, por primera vez en mucho tiempo, no sabía qué haría cuando llegara el momento. Esa misión era algo impredecible, y tenía que ir adaptándose a los cambios de circunstancias.

Se dirigieron a la estación central de Berlín. Un enorme edificio acristalado dejaba ver la grandeza del país germano. Aquella estación era, sin lugar a dudas, la más grande que había visto Robin en toda su vida. El profesor inició una conversación con un trabajador de la estación, quien le informó acerca de dónde podían adquirir los billetes para tomar el tren a Erfurt y cuál era el andén al que se tenía que dirigir.

Cuando se encontraban en el andén esperando la llegada del tren, Robin se percató de un detalle. Un par de miradas disimuladas proveniente de dos personas que estaban paradas a unos metros de distancia llamarían su atención. Se trataba de dos varones, de unos cuarenta y cinco o cincuenta años de edad aproximadamente y bien vestidos, con traje y corbata; parecían ser alemanes. Esas personas miraban disimuladamente a Robin y al profesor mientras fingían hablar a través de sus teléfonos móviles.

Robin echó una rápida visual a su alrededor, quizás se tratase de un equipo de vigilancia y

podría haber más de dos personas. No detectó a ningún otro perseguidor.

—Espere aquí profesor, voy a comprar algo de beber ¿quiere algo?

—Pues una botella de agua no me vendría mal —contestaba el profesor que parecía no enterarse de nada.

La inspectora anduvo a lo largo de la estación sin girar la cabeza; quería confirmar sus sospechas, pero no era buena idea que ellos supieran que había calado a sus perseguidores.

Paró en un escaparate para disimular; mientras miraba el interior de la tienda, se fijó en el reflejo del cristal, no había duda, aquellos dos hombres la estaban siguiendo de cerca. Gracias a su experiencia policial, Robin sabía que esa enorme estación de tren era la pesadilla de cualquier equipo de seguimiento. Con un total de cinco plantas, decenas de establecimientos, y una marabunta de pasajeros caminando hacia todos lados, no sería difícil escapar de aquellas personas.

La inspectora comenzó a subir plantas utilizando las escaleras mecánicas. Aquellos dos grandes hombres parecían no haberse dado cuenta de que habían sido descubiertos, o como se dice en el argot policial, “mordidos”.

El tren partiría en diez minutos, así que les debía tener distraídos hasta entonces, algo fácil de hacer en esa descomunal estación. Robin caminaba sin rumbo como lo haría una turista perdida. Volvió a bajar hasta la planta que daba acceso al exterior. Una vez allí encontró el lugar perfecto para darles esquinazo; una cafetería con dos salidas diferentes. Robin entró al establecimiento y se puso en la cola de clientes que esperan a ser atendidos. Aquellos dos extraños hombres se quedaron en el exterior disimulando. Robin se dio la vuelta haciendo que buscaba algo en su mochila, momento en el cual sus dos perseguidores se volvieron también para no delatar su presencia. La inspectora aprovechó esa situación para salir de forma apresurada por la otra puerta de la cafetería que daba directamente a la calle, en el lateral opuesto a por donde había entrado. Una vez fuera, corrió hacia una de las entradas de la estación y se dirigió al andén donde la esperaba el profesor con cara de preocupación.

—Inspectora, el tren está a punto de partir. ¿Por qué ha tardado tanto?, y ¿dónde está mi botella de agua? —preguntó el profesor.

—¡Suba abordo profesor! Después se lo explico.

Robin y el profesor subieron al tren y este cerró sus puertas tras de ellos comenzando la marcha. Desde la ventanilla de las puertas corredizas, la inspectora observó cómo sus dos perseguidores corrían sofocados por el andén viendo desconsoladamente como el tren abandonaba el lugar. La inspectora mostró una gran sonrisa de satisfacción que causó extrañeza en el profesor.

—¿Va todo bien inspectora?

—Todo va bien. Busquemos nuestros asientos —comentó Robin de forma relajada.

—Podríamos pasarnos por el vagón-restaurante. La verdad es que tengo un poco de sed.

El viaje duró alrededor de dos horas. En un abrir y cerrar de ojos llegaron a la estación de Erfurt. Al salir, la inspectora se percató de que en la estación había un gran despliegue policial. Eso le llamó la atención, parecía que buscaban a alguien. La inspectora sacó de su mochila un pañuelo y se lo colocó en su cabeza a modo de velo islámico.

Al pasar entre los agentes, Robin se fijó que uno de ellos llevaba en su mano una hoja de papel tamaño folio con una fotografía impresa en blanco y negro, parecía ser la foto de una mujer, si bien la inspectora no logró ver bien la imagen.

—Aquí pasa algo raro profesor; no se separe de mí.

La inspectora cogió del brazo al profesor como si de su abuelo se tratase y le fue guiando

apresuradamente hasta la salida, sorteando las miradas de aquellos agentes alemanes. Una vez en el exterior, Robin divisó un taxi a pocos metros y se dirigió hacia él. Cuando se encontraba cerca del vehículo escuchó una fuerte voz que decía algo en alemán que parecía ser una orden. Robin se dio la vuelta para ver, como un señor de mediana edad y vestido con una gabardina, mostraba una placa emblema en la que se distinguía claramente un águila dorado.

—Inspectora, ese agente nos está pidiendo la documentación. ¿Quiere que le diga que es usted compañera de la policía española?

—No se preocupe, le mostraré mi pasaporte, no hemos hecho nada —respondió Robin.

En ese momento Robin se agachó dejando su mochila en el suelo mientras buscaba su pasaporte en el bolsillo exterior.

—¡Bienvenida a Alemania inspectora Robina! La estábamos esperando —dijo aquel agente con un fuerte acento alemán.

Algo iba mal y Robin lo sabía. En ese momento sacó de su mochila un espray de pimienta y, de un rápido movimiento, roció la cara de aquel policía dejándole aturdido por unos segundos.

—¡Corra profesor!

La inspectora cogió por el brazo al profesor y lo llevó a trompicones hasta el taxi. Una vez dentro la inspectora gritó al conductor:

—¡Arranque!

El conductor se dio la vuelta extrañado; no entendía sus indicaciones.

—¡Bitte fang an zu fahren! —dijo el profesor, momento en el cual el conductor inició la marcha.

La situación se tornaba complicada. La orden Rosacruz parecía controlar a las autoridades locales. La inspectora no podía contar con su ayuda.

Robin conectó el GPS y comenzó a dar al profesor las indicaciones necesarias para llegar al punto donde se perdía la señal del libro, y este a su vez, las traducía para que el taxista las fuera siguiendo.

El vehículo se fue adentrando en un frondoso bosque que parecía albergar miles de hectáreas de salvaje vegetación. Pinos de más de veinte metros dejaban entrever una espesa niebla entre ellos. Ese color verde aceitunado rodeaba todo a sus trescientos sesenta y cinco grados.

Tras varios kilómetros de travesía, en lo alto de una montaña, se asomaba un castillo medieval cuya torre era coronada por una cruz dorada. La señal parecía venir de aquel lugar.

—¡Dígale que pare! Nos quedaremos aquí.

—¿Aquí?, ¿en medio del bosque? —respondió el profesor no dando crédito a las palabras de la inspectora.

—Sí, continuaremos a pie.

CAPÍTULO 7

Robin y el profesor se apearon del taxi y comenzaron a caminar hacia el castillo. Aunque lo más fácil hubiese sido seguir por una lateral de la carretera, la inspectora prefirió ir a través del verde y frondoso bosque. Su intención era llegar hasta allí sin ser vistos.

La ruta que eligieron se introducía por el interior de una tortuosa vegetación. Mientras caminaban, Robin comenzó a pensar acerca de cómo había sido posible que aquellas personas supieran de su llegada a Alemania, y de cómo habían llegado a la conclusión de que estaba en ese país tras la pista del cuadro.

—Profesor ¿usted le ha comentado a alguien nuestro viaje a Alemania? —preguntó Robin.

—¿A qué se refiere? Cree que yo he avisado a esos hombres de nuestra llegada —respondió el profesor.

—No me refería a eso. Quería decir, si usted le ha comentado a alguien que iba a viajar hacia Alemania. Es muy raro que aquellas personas nos estuvieran esperando —aclaró Robin.

—Bien inspectora. Si lo quiere saber, le diré que sí he avisado a alguien; a mi asistente personal, Leonor. La llamé esta mañana y le dije que estaría un tiempo fuera del país, para que no se preocupase. Pero en ningún momento le comenté que viajaba a Alemania, ni mucho menos que el viaje lo haría acompañado. Además, esa mujer es una persona de mi entera confianza. Nunca haría algo que pudiera perjudicarme —respondió el profesor Cifuentes—. ¿Y usted? ¿Sabe alguien de su entorno que iba a venir a Alemania?

—No lo sabe nadie. Bueno... en realidad... se lo comenté a mi compañero, el subinspector González, pero él sí que es de mi confianza. Pondría mi vida en sus manos si llegara el momento —contestó Robin de forma rotunda.

—Nunca se sabe inspectora. Esas personas están por todas partes. No pretendo afirmar que su compañero sea uno de ellos, pero quizás podría haber hecho un comentario desafortunado en el lugar menos adecuado.

Ramón hablando de más, eso era algo poco probable. De alguna forma parecía que aquella organización secreta estaba monitorizando los movimientos de Robin y del profesor. Si la inspectora estaba en lo cierto, estarían esperando su llegada. Tenían que improvisar e intentar que su presencia pasara inadvertida. Un ataque sorpresivo era la única arma que les quedaba.

El castillo, cuyo lateral acababa en precipicio, parecía estar construido en la cima de una colina. La mejor forma de abordarla sería rodear aquella montaña hasta encontrar un lugar por el que poder acceder. Esa táctica de inspiración militar les tomó más tiempo del esperado, y el sol, que les había ido acompañando durante toda la caminata, parecía haberse ido a descansar, dejando paso a la compañía de un bosque oscuro, frío y tenebroso; pero ya estaban cerca. Al otro lado del muro parecía estar celebrándose algún tipo de evento.

Llegados a la cima, pudieron observar cómo varios vehículos de alta gama llegaban a la puerta principal. De ellos salían hombres y mujeres elegantemente vestidos, quienes entregaban sus llaves a los aparcacoches. Aquello parecía la celebración de una importante boda aristocrática o algo por el estilo. El profesor y Robin se miraron de arriba abajo. Vaqueros, deportivas cómodas, mochila de viaje... definitivamente no iban vestidos para la ocasión. Debían intentar acceder a ese evento de una manera u otra. De esa forma, podrían comprobar si las sospechas de Robin eran

ciertas y el cuadro robado se encontraba, junto al viejo manuscrito, en algún lugar de ese enorme castillo de la época feudal alemana.

Dejaron sus mochilas ocultas entre unos matorrales del bosque y se aproximaron a la parte trasera del castillo. Una puerta abierta dejaba salir lo que parecía ser el humo proveniente de una cocina industrial. El evento parecía incluir una suculenta cena para los asistentes.

Robin se acercó para observar el interior de aquella cocina. Decenas de cocineros y camareros se movían en su interior atareadamente. Esas personas parecían no conocerse entre sí. Quizás fueran contratados por una empresa de catering para ese evento.

—¡Profesor, sígame, y actúe con normalidad! —dijo la inspectora mientras se introducía en el interior de aquella concurrida cocina.

El doctor, con cara de circunstancias, siguió los pasos de la inspectora sin rechistar.

—Guten Nachmittag.

—Guten Nachmittag —saludaron al pasar.

La inspectora atravesó la cocina con decisión buscando la puerta de entrada mientras intentaba no llamar la atención del personal de cocina. Tras esquivar a varias personas, avistó una puerta por donde salía uno de los camareros. La inspectora se dirigió directa a ella abriéndola sin importarle que iba a encontrarse al otro lado. Aquello parecía un gran salón que estaba siendo preparado para albergar una importante celebración. Los asistentes aún no habían accedido a él. La inspectora procuró no pararse a mirar, eso levantaría sospechas, y siguió avanzando. Se dirigió directa a un cuarto lateral que parecía ser una especie de vestuario para empleados, el profesor la seguía con su corazón bombeando a mil por hora. Robin sabía que no había llegado hasta allí para nada. Se metió en el vestuario y sacó dos chaquetas tipo americana de color blanco.

—Tome profesor. Póngase esto —dijo Robin ofreciéndole una de las chaquetas.

—Chaqueta blanca y vaqueros. ¿Se puede saber qué tipo de camarero va vestido así? —respondió el Profesor Cifuentes.

—Es lo que tenemos. Con esto pasaremos desapercibidos para la mayoría. ¡Póngaselo y sígame!

A un lado del salón del evento, se encontraba la cocina por la que habían accedido, al otro, un vestíbulo plagado de personas que parecían ser de alta alcurnia donde se estaba dando algún tipo de recepción previa al acto. Si Robin quería inspeccionar el interior del castillo tendría que cruzar ese vestíbulo repleto de personas. Cogió aire y, sin pensarlo dos veces, se dirigió a la cocina.

—Profesor, haga lo que yo haga.

—Entendido —asintió este.

Robin cogió de la cocina una bandeja con canapés, y se dirigió al vestíbulo. El profesor hizo lo propio y siguió a la inspectora. Ambos entraron en aquella recepción atrayendo las miradas de los asistentes. En ese momento, Robin comenzó a ofrecer los canapés a las personas que se agolpaban a su alrededor.

—Danke sehr!

Parecía que había funcionado. Robin y el profesor habían pasado por miembros del servicio y los allí presentes parecían tener buen apetito. Tras serpentear entre la muchedumbre, Robin comprobó que allí había personas provenientes de todas las partes del mundo. Gentes de distintas razas y religiones habían confluído en ese lugar específico a una hora acordada. Aquellas personas parecían ser personajes importantes en sus respectivos países; en aquel vestíbulo se distinguían decenas de lenguas diferentes que emanaban de distintas conversaciones.

Robin divisó unas escaleras que daban acceso a las plantas superiores e inferiores. Se fue acercando a ellas mientras le hacía un gesto al profesor para que la siguiera. Ambos llegaron a aquellas escaleras de forma disimulada y bajaron por ellas. Por fin estaban a salvo de miradas ajenas.

—¡No me lo puedo creer! Inspectora, creo que esto ha sido lo más emocionante que he hecho nunca —dijo el profesor emocionado.

—Pues entonces va a vibrar cuando sirvamos los postres —dijo Robin a modo de guasa.

—Pero ¿cómo sabía que saldría bien? —preguntó el profesor.

—Verá, me pagué la carrera trabajando de camarera en bodas y comuniones. Aprendí que la organización de ese tipo de eventos es bastante caótica. El personal de servicio, el de la finca, y los invitados no se conocen entre sí, y es sumamente sencillo colarse en una de esas fiestas. En ocasiones, ni siquiera los empleados del cáterin nos habíamos visto nunca.

—Una vez más brillante, inspectora Robina. Nunca dejaré de sorprenderme —dijo el profesor como muestra de alabanza.

Robin y el profesor inspeccionaron la planta baja del castillo no encontrando nada de interés. Parecía que estaban utilizando aquella habitación de ropero.

—¿Qué es eso que se ve al fondo? Parecen ¿sábanas azules? —comentó el profesor señalando a varios montones de ropa perfectamente doblada.

La inspectora se acercó para verlos mejor.

—No son sábanas, son hábitos. Túnicas de color azul oscuro, las mismas que llevaban los autores del robo del cuadro; exactamente idénticas que las que llevaban puestas los asistentes a la reunión de aquel monasterio en la sierra de Madrid. Lo ve profesor. Nos encontramos en el lugar indicado.

—Bien, ¿y qué hacemos ahora? —preguntó el profesor.

—Esperar. Si estoy en lo cierto, algo me dice que el evento de esta noche no es otro que el de intentar abrir el cuadro usando la llave de oro fabricada con el molde sustraído. Si seguimos moviéndonos por el castillo, más tarde o más temprano, seremos descubiertos. Es mejor esperar aquí ocultos hasta que todo esto empiece. En algún momento sacarán el cuadro de su escondite.

Robin y el profesor se ocultaron en el ropero. Entre los percheros que albergaban las prendas de abrigo de los asistentes no serían detectados.

Pasaron las horas y aquellas personas comenzaron a bajar escalonadamente. Uno a uno, se fueron colocando los hábitos encima de sus ropas para volver a subir al piso de arriba. A los ojos de Robin, eso era una señal inequívoca de que el ritual estaba a punto de comenzar.

El goteo de personas que bajaban al sótano cesó. Parecía que ya estaban todos ataviados con ese extraño atuendo.

—Es la hora profesor. Ahora o nunca.

La inspectora salió de su escondrijo y se dirigió a la pila de hábitos; aún quedaban algunos. Se colocó uno de ellos por encima de su ropa. Parecía ser talla única y la quedaba bastante grande. Eso era bueno, así distorsionaría su figura y la cubriría de pies a cabeza.

—¿A qué espera? ¿Va a venir o prefiere esperar aquí? —preguntó la inspectora al profesor que parecía haberse quedado paralizado por el miedo.

—¡Voy, voy! —dijo levantándose apresuradamente. Parecía que la idea de quedarse allí solo no le hacía ninguna gracia.

Una vez ataviados con esa especie de túnicas, ambos cubrieron sus cabezas con los capuchones de las mismas y subieron las escaleras. El personal del servicio parecía haber

abandonado el edificio. Allí solo quedaban los miembros de la orden. Su actitud había cambiado. El ambiente festivo que había reinado en aquel vestíbulo había dejado paso a un aire marcial y ceremonial. El silencio absoluto se adueñaba del lugar.

La inspectora y su acompañante se afanaban por seguir los movimientos de esas gentes mientras agachaban sus cabezas para ocultar sus rostros. Entraron en el salón en el que habían estado horas antes, si bien, esta vez el mismo estaba repleto de personas que se encontraban congregadas a modo de ceremonia. Todos ellos en posición erguida formaban varias filas perfectas. Robin y el profesor se colocaron detrás continuando esa figura geométrica. La puerta del salón se cerró a sus espaldas. Un hombre alto, vestido con un largo sombrero, y un adorno en su barbilla entró en la estancia y todos los asistentes se arrodillaron al unísono. Robin y el profesor hicieron lo mismo. Aquel hombre, que iba ataviado como un faraón egipcio, comenzó a hablar en un inglés bastante comprensible.

—Damas y caballeros. Nos hemos reunido aquí para cumplir el objetivo marcado por nuestro padre fundador Christian Rosenkreuz. Como ya sabéis, tras dedicar su vida a la práctica de lo oculto, consiguió alcanzar el plano divino, un plano mental que le llevaría a conocer los orígenes de la especie humana y el secreto de la existencia. Gracias a sus indagaciones, nuestro hermano Jheronimus van Aken, consiguió hacer realidad el sueño de la orden, construir la puerta que abrirá un acceso a la tierra prometida. Aquí, en el lugar donde todo empezó, será también el lugar en el que todo terminará. El fin de una vida de castigo, auspiciada por las condenas impuestas a nuestros antepasados, llega a su fin. Hoy, después de siglos de espera, por fin, volveremos al lugar del que pertenecemos, ¡EL PARAÍSO ES NUESTRO!

—¡EEEHHH! —gritaron los asistentes en señal de ovación.

—Pero antes de eso, tenemos que solucionar un pequeño problema que nos ha surgido durante estos últimos días. Hay un traidor entre nosotros —dijo el orador provocando un estupor general—. Por favor, inspectora Robina Tino, de la policía española. Si es tan amable le pediría que se quitase ese hábito que no es de su propiedad.

La adrenalina comenzó a fluir por el cuerpo de la inspectora como un géiser en erupción. La habían descubierto, pero ¿cómo era posible? La inspectora destapó su cabeza ante la sorpresa de los asistentes.

—Por favor, cogedla. Qué no escape —ordenó el orador a los allí presentes.

Las personas que se encontraban a su alrededor la agarraron por brazos y piernas mientras ella se resistía sin éxito.

—¡Corra profesor! —gritaba Robin mientras intentaba zafarse.

El profesor se quitó la capucha mostrando en su rostro una irónica sonrisa.

—Verá inspectora, siento mucho decepcionarla, pero mi nombre no es Alberto Cifuentes, ni soy profesor de ningún tipo. Por fin voy a dejar de fingir con usted. Mi nombre es Carlos Martínez, y soy director de la Biblioteca Nacional, y miembro de la hermandad Rosacruz desde que tengo uso de razón. Hace unos días, un empleado de la biblioteca, un viejo testarudo llamado Alberto Cifuentes, descubrió entre los archivos el legado Rosacruz. Lo intenté todo para apartarle del libro, incluso le cambié de sección, todo fue inútil. Cuando tuvo noticia de la desaparición del cuadro, ese viejo incauto ató cabos y le envió una carta para contarle sus especulaciones. Ese cabezota descubrió mis planes y no hizo caso de mis advertencias, eso le costaría la vida. Cuando se presentó en la puerta de la biblioteca, decidí bajar yo mismo a hablar con usted, y me hice pasar por el viejo profesor Cifuentes. Desde nuestra primera conversación, me di cuenta de que es usted demasiado perspicaz. Era mejor tenerla cerca y controlada. Esa sería la única forma de

anticiparse a sus pasos. Y eso nos ha permitido poder llevar a cabo nuestra misión. Es usted una mujer muy inteligente, pero le ha fallado su intuición. Ya le advertí inspectora que no confiara en nadie.

Robin se quedó paralizada por unos instantes. Ahora todo tenía sentido, aquellas personas de la estación de tren que esperaban su llegada, la casa revuelta del profesor, su insistencia por querer acompañarla a cada paso que daba. No lo podía creer, había caído en su juego. Se sentía como una niña que se acababa de enterar que Santa Claus no existía.

—¡No lo puedo creer! Me ha engañado completamente —dijo Robin dirigiéndose a aquel viejo embustero—. Parece que lo tenéis todo pensado, pero contestarme a una pregunta. Si la puerta interdimensional que pretendéis abrir fuera real, ¿Quién os dice a vosotros que seríais bienvenidos allí donde vais? Quizás os exterminen como a ratas —comentó la inspectora.

Sus palabras provocaron un murmullo colectivo.

—Pensad solo por un momento que esa puerta no funcionase. Al introducir la llave a través del cuadro destruiríais una obra de un valor incalculable. ¿Sabéis cuál es la condena por eso? —continuó Robin provocando un murmullo cada vez más sonoro.

—Y ¿de verdad no habéis pensado que, si la puerta que vais a abrir funcionara, lo haría en ambas direcciones? Después de miles de años, quién sabe lo que podría salir de ese mundo. Quizás, vuestras acciones avocarán a este plantea a su destrucción.

—Inspectora, solo hay una manera de averiguarlo.

CAPÍTULO 8

Robin se encontraba atrapada, sin ningún tipo de arma con la que defenderse y con decenas de personas rodeándola, no tenía la menor posibilidad.

—Robina, va usted a tener el grandísimo honor de presenciar algo que cambiará el curso de la historia para siempre. ¡Qué traigan la puerta! —dijo el orador de aquella reunión ritual.

Dos personas, vestidas con unos atuendos de religiosos más claros que el resto de los asistentes, arrastraban una especie de peana con rodillos que tenía sobre su superficie lo que parecía ser una gran puerta oculta bajo un manto. Colocaron aquel objeto en el fondo de la sala y se retiraron.

—Damas y caballero, después de tantos siglos de búsqueda, he aquí las Puertas del Cielo —dijo el encargado del ritual mientras quitaba el manto que las cubría.

En ese momento quedó a la vista de todos los presentes aquello que Robin llevaba días buscando sin cesar; por fin tenía frente a ella “*El Jardín de las Delicias*”. La audiencia se fundió en un aplauso. Aquellos fanáticos llevaban toda su vida oyendo historias de cuentos de hadas acerca de esa puerta, y por fin tenían ante sus narices la posibilidad de hacer sus sueños realidad.

El cuadro estaba cerrado y sus dos tablas laterales, a modo de puertas, mostraban una esfera trasparente sobre un fondo negro. Esa esfera parecía representar un mundo inhóspito y sin vida. La imagen del oscuro planeta que se asomaba al fondo de una galería repleta de personas ataviadas con extraños hábitos hizo sentir a la inspectora un escalofrío que la atravesó su cuerpo como una corriente eléctrica de alto voltaje. Se avecinaba tormenta en ese entorno y a Robin le causaba un mal presentimiento.

—¡Ahora traed la llave del cielo! —ordenó el maestro de ceremonias.

Uno de los monjes entró a la habitación sosteniendo sobre sus manos un fino cojín de terciopelo rojo adornado con filamentos dorados. Sobre el cojín había depositada lo que parecía ser una gran pieza de oro. El monje se arrodilló frente al orador alzando el cojín con ambas manos; este cogió aquella gran pieza levantándola en señal de victoria. El auditorio enloqueció. Los asistentes empezaron a aplaudir y a gritar palabras y vítores en distintas lenguas. Lo que el maestro de ceremonias tenía en su mano era una enorme llave, cuya cabeza parecía del tamaño de un puño. Su brillo no dejaba lugar a dudas de que esa llave estaba hecha de auténtico oro. Era el momento, ahora o nunca; Robin tenía que actuar.

—¡CABALLERO POR FAVOR! ¡UN MOMENTO DE ATENCIÓN! —gritó Robin a los asistentes quienes parecían haber perdido la compostura—. ¡GUARDEN SILENCIO, ESTO ES IMPORTANTE!

—Inspectora, le rogaría que no interrumpiera este momento tan importante para nosotros; tal vez prefiera que la encierren en el sótano mientras abrimos la puerta, pero supuse que agradecería el haber tenido el honor de ser testigo, en primera fila, de cómo la orden Rosacruz por fin sale de las tinieblas. Parece usted una mujer inteligente y creí que se deleitaría con este momento. Habrá un antes y un después tras abrir esa puerta —comento el líder del grupo.

—Bien, solo les quería dar la oportunidad de entregarse, pero visto lo visto les informo; están todos ustedes detenidos. Si no le causáis daños al cuadro hablaré personalmente con la fiscal para que os rebaje la pena.

La muchedumbre comenzó a reírse a carcajadas. La pequeña Robin parecía no infundir respeto a los asistentes.

—¿Y cómo piensa detenernos a todos? —preguntaron entre la multitud.

—Pues bien, el edificio está rodeado. Les recomiendo que vayan saliendo con las manos en alto y de uno en uno —comentó Robin.

Los asistentes se miraron entre ellos desconcertados.

—¡Es un farol! —dijo el farsante que se había hecho pasar por el profesor Cifuentes—. He estado con ella durante las últimas veinticuatro horas y conozco todos sus movimientos. Ha venido hasta aquí en una misión suicida por su cuenta y riesgo. El único que sabía de su viaje era su compañero, el subinspector González. Recuerdas inspectora, me lo ibas contando de camino al castillo. A veces hablas demasiado.

—¿Crees que te he contado todo? —dijo la inspectora con aire desafiante.

En ese momento sonó un fuerte estruendo cuyo sonido venía de las puertas del salón. Latas oscuras, que soltaban un humo espeso a su paso, comenzaron a rodar por los suelos de aquella galería. Decenas de policías alemanes vestidos completamente de negro y protegidos con chalecos antibalas, cascos y gafas, entraban en hilera portando armas largas con las que apuntaban a los allí presentes.

Los miembros de la orden corrían despavoridos hacia todas direcciones. Las personas que momentos antes se encontraban reteniendo a Robin, ahora huían como alma que lleva al diablo para intentar no ser capturados. La inspectora quedó liberada y se dirigió directamente hacia el cuadro.

El maestro de ceremonias quedó paralizado. El farsante director Carlos Martínez se dirigió hacia él y le arrebató la llave de la mano; parecía no querer salir de allí sin intentar abrir esa puerta, aunque le fuera la vida en ello. La inspectora corrió para detenerle. El director hizo un fuerte movimiento con el brazo con el que agarraba la llave echándolo hacia atrás al objeto de coger impulso; de una sola acción debía atravesar las tablas del cuadro para que el conjuro funcionara. Lanzó su estocada y, cuando la llave estaba a punto de impactar, aquel embustero sufrió un fuerte placaje de la inspectora cayendo al suelo. La llave se deslizó a unos metros de distancia y fue recogida por uno de los agentes de las fuerzas especiales alemanas.

—¡Game over director! —decía la inspectora mientras le colocaba los grilletes en sus muñecas.

De entre medias de aquellos agentes uniformados apareció su íntimo amigo, el inspector Fonseca, acompañado de su compañero de fatigas, el subinspector González; ambos vestían sendos chalecos reflectantes con la inscripción de POLICÍA en su parte trasera.

Lo que Carlos Martínez ignoraba es que, cuando Robin fue apartada del caso, puso al día a Fonseca acerca de todos los pormenores de la investigación. Este comenzó a mover hilos para solicitar, a través de Europol, formar un equipo conjunto de investigación con sus homónimos alemanes. La inspectora le fue informando de cada paso que iba dando en aquel país, y de los descubrimientos que iba haciendo. En el momento de ver con sus propios ojos el cuadro, la inspectora mandó una señal a sus compañeros apostados en el exterior. Ya no había nada que temer, la pintura se encontraba allí con toda seguridad. Una vez más, y gracias a la cooperación policial, la obra se había recuperado con éxito y estaba sana y salva.

Unos días después, en un lujoso despacho en el centro de Madrid; concretamente en el Museo del Prado, su director se encontraba plácidamente sentado en su escritorio cuando comenzó a oír unas voces que provenían del pasillo.

—¡NO PUEDEN ENTRAR AHÍ! —parecía decir el asistente personal del señor Verbógenes.

Tras unos segundos, la puerta se abrió accediendo al mismo la inspectora Robina Tino y su compañero el subinspector Ramón González.

—Buenos días agentes. ¿A qué debo el honor de su visita?

—Buenos días, señor Verbógenes —decía Robin mostrando una extraña sonrisa de satisfacción —. Solo queríamos comentarle que, desde este momento, está usted detenido acusado de ser colaborador necesario de un presunto delito de robo con fuerza, el cual consiste en la sustracción de una obra perteneciente al patrimonio histórico español; ¡ah!, se me olvidaba, también se le imputa un delito de encubrimiento en relación con el homicidio del profesor Alberto Cifuentes.

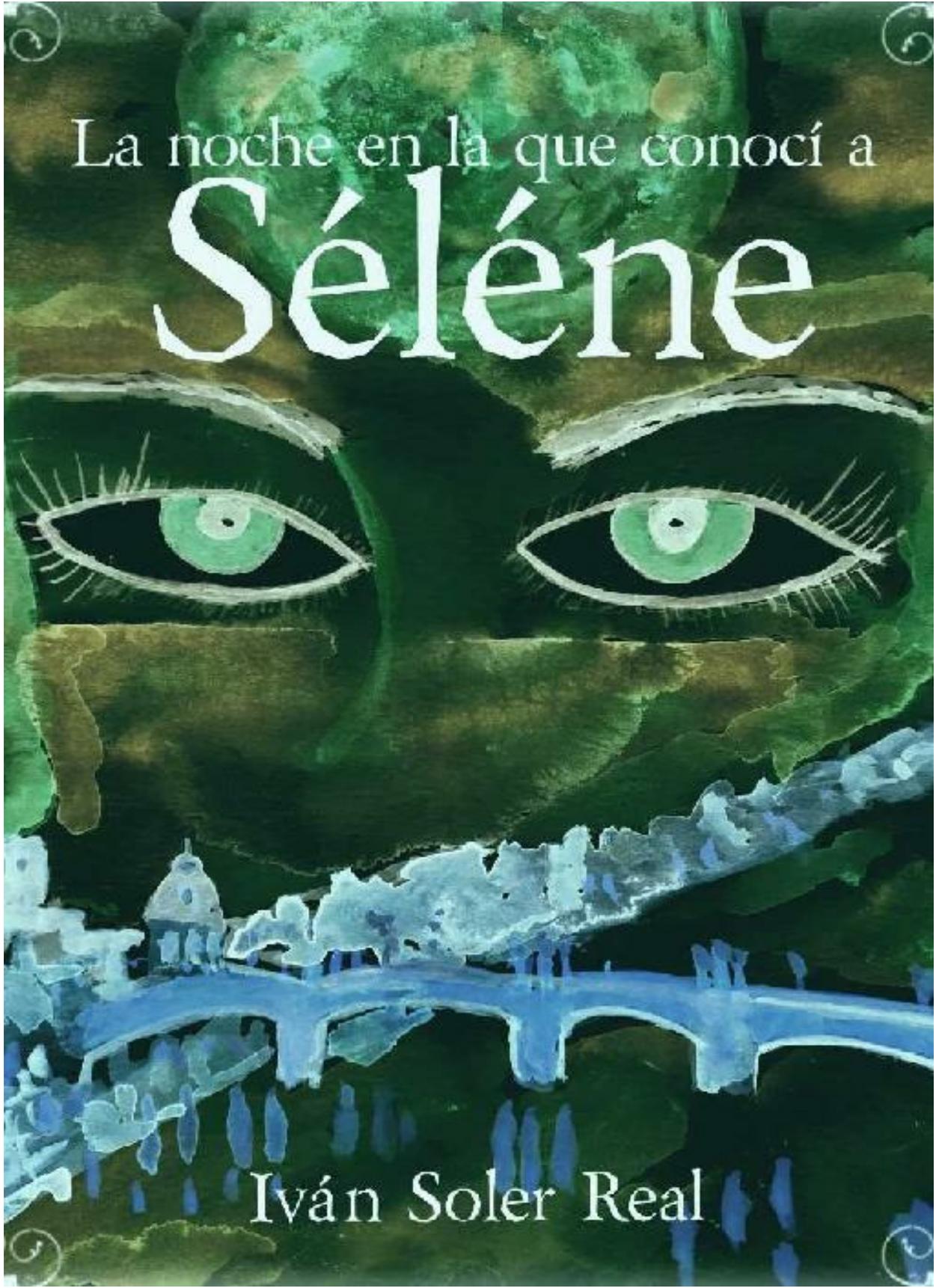
—¡Esto es intolerable! ¡Espero que tenga usted pruebas de eso!

—No se preocupe, los registros de llamadas y mensajes, así como las cámaras de seguridad del portal de la víctima, indican que usted ha tenido conocimiento de todo, y ha actuado en connivencia con los autores. Si me permite un consejo, váyase buscando un buen abogado.

—¿Qué? ¡Exijo hablar con su superior! —reclamaba el confundido señor Verbógenes.

—No se preocupe. Una vez entre rejas tiene derecho a una llamada, utilícela como le parezca.

LIBROS DEL MISMO AUTOR:

The book cover features a watercolor illustration of a large, green, textured face with large, expressive green eyes. Below the face, a blue-toned scene depicts a town with a prominent domed building and a bridge over a river. The entire scene is set against a dark green background with swirling patterns in the corners.

La noche en la que conocí a

Séléne

Iván Soler Real

Relatos cortos para
leer en cualquier parte

Iván Soler Real

